
REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DE "LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN."

A JOSE JUAN TABLADA (DE MEXICO).

TENTACIÓN

Calló por fin el mar y así fué el caso:
En un largo suspiro violeta
Se extenuaba de amor la tarde quieta
Con la ducal decrepitud del raso;

Dios callaba también: una secreta
Inquietud expresábase en tu paso;
La palidez dorada del Ocaso
Recogía tu lánguida silueta.

El campo, en cuyo trebolar maduro
La siembra palpitó como una esposa,
Contemplaba con éxtasis impuro

Tu media negra: y una silenciosa
Golondrina, rayaba el cielo rosa
Como un pequeño pensamiento obscuro.

PARADISIACA

Cabe una rama en flor busqué tu arrimo;
La dorada serpiente de mis males
Circuló por tus púdicos cendales
Con la invasora suavidad de un mimo.

Sutil vapor alzábase del limo
Sulfurando las tintas otoñales
Del Poniente, y brillaba en los parrales
La transparencia ustoria del racimo.

Sintiendo que al azul nos impelia
Algo de Dios, tu boca con la mía
Se unieron en la tarde luminosa,

Bajo el caduco sátiro de yeso,
Y como de una cinta milagrosa
Ascendí suspendido de tu beso.

EL ASTRO PROPICIO

Al rendirse tu intacta adolescencia,
Emergió, con ingenuo desaliño,
Tu delicado cuello, del corpiño
Anchamente floreado. En la opulencia

Del salón solitario, mi cariño
Te brindaba su equívoca indulgencia,
Sintiendo muy cercana la presencia
De un duende azul de picaresco guiño.

Como ancha cinta de cambiante faya,
Tendía su color sobre la playa
La Tarde. Disolvía tus sonrojos

En especiosas mieles mi sofisma,
Y desde el cielo fraternal, la misma
Estrella se miraba en nuestros ojos.

CONJUNCIÓN

Sahumáronte los pétalos de acacia
Que para adorno de tu frente arranco,
Y tu nervioso zapatito blanco
Llenó toda la tarde con su gracia.

Abrióse con erótica eficacia
Tu enagua de surah, y el viejo banco
Sintió gemir sobre tu activo flanco
El vigor de mi torva aristocracia.

Una resurrección de primaveras
Llenó la tarde gris; y en tus ojeras
Que avivó la caricia fatigada,

Vi dibujarse en curvatura fina,
Las alas de una leve golondrina
Suspensa en la ilusión de tu mirada.

VENUS VICTA

Pidiéndome la muerte, tus collares
Desprendiste con trágica alegría,
Y en su pompa fluvial la pedrería
Se ensangrentó de púrpuras solares.

Sobre tus bizantinos alamares
Gusté infinitamente tu agonía,
A la hora en que el crepúsculo surgía
Como un vago jardín sobre los mares.

Cincelada por mi estro, fuiste bloque
Sepulcral, en tu lecho de difunta;
Y cuando por tu seno entró el estoque

Con la ágil sutileza de un alegre,
Brotó un clavel bajo su fina punta
En tu jubón de terciopelo negro.

EN COLOR EXÓTICO

Con tu pantalla oval de enea rara,
Tus largos alfileres y tus flores,
Parecias dorada de primores,
Una ambigua musmé del Yoshivara.

Hería en los musgosos surtidores
Su cristalina tecla de agua clara,
Y el tilo que a mis ojos te ocultara
Gemía con eglógicos rumores.

Tal como una bandera derrotada
Se ajó la tarde, hundiéndose en la nada;
A la sombra del tálamo enemigo

Se apagó en tu collar la última gema,
Y sobre el broche de tu liga crema
Crucifiqué mi corazón mendigo.

EL ÉXTASIS

Dormía la arboleda; las ventanas
Llenábanse de luz como pupilas;
Las sendas grises se tornaban lilas;
Cuajábase la luz en densas granas;

La estrella que conoce por hermanas,
Desde el cielo, á tus lágrimas tranquilas,
Brotó evocando al son de las esquilas
Un místico Belén de horas cristianas.

Mientras en las espumas del torrente
Deshojaba tu amor sus primaveras
De muselina, relevó el ambiente

La armoniosa amplitud de tus caderas,
Y una vaca mugió sonoramente
Allá por las sonámbulas praderas.....

DELECTACIÓN MOROSA

La tarde, con ligera pincelada
Que iluminó la paz de nuestro asilo,
Apuntó en su matiz crisoberilo
Una sutil decoración morada.

Surgió enorme la luna en la enramada;
Las hojas agravaban su sigilo,
Y una araña, en la punta de su hilo,
Tejía sobre el astro, hipnotizada.

Poblóse de murciélagos el combo
Cielo, á manera de chinesco biombo;
Tus rodillas exangües sobre el plinto

Manifestaban la delicia inerte,
Y á nuestros pies un río de jacinto
Corría sin rumor hacia la muerte.

OCEÁNIDA

El mar, lleno de urgencias masculinas,
Gemía alrededor de tu cintura,
Y como un brazo colosal, la obscura
Ribera te amparaba. En tus retinas,

Y en tus cabellos, y en tu astral blancura,
Rieló con decadencias opalinas
Esa luz de las tardes mortecinas
Que en el agua pacífica perdura;

Palpitando á los ritmos de tu seno,
Hinchóse en una ola el mar sereno,
Para hundirte en sus vértigos felinos.

Su voz te dijo una caricia vaga,
Y al penetrar entre tus muslos finos
La onda se aguzó como una daga.

LA ALCOBA SOLITARIA

El diván dormitaba, la sortija
Brillaba junto á la oxidada aguja,
Y un antiguo silencio de Cartuja
Bostezaba en la lúgubre rendija.

Sentía el violín flotar, prolija
 Su animula espectral, que se dibuja
 Llena de edad, como pequeña bruja
 Sutilmente ahorcada en la clavija.

No quedaba de tí más que una gota
 De sangre virginal, sobre la rota
 Almohada. El espejo opalescente

Estaba ciego. Y en el fino vaso,
 Como un corsé de inviolable raso,
 Se abría una magnolia dulcemente.

LAS MANOS ENTREGADAS

El insinuante almizcle de las bramas
 Se esparcía en el viento, y la oportuna
 Selva, estaba olorosa como una
 Mujer. De los extraños panoramas

Surgiste en tu cendal de gasa bruna,
 Encajes negros y argentinas lamas,
 Con tus brazos desnudos que las ramas
 Lamían al pasar, ebrias de luna.

La noche se mezcló con tus cabellos;
 Tus ojos anegarónse en destellos
 De sacro amor; la brisa de las lomas

Te envolvió en el frescor de los lejanos
 Manantiales y todas las aromas
 De mi jardín, sintetizó en tus manos.

HOLOCAUSTO

Llenábanse de noche las montañas
 Y á la vera del bosque aparecía
 La estridente carreta que volvía
 De un viaje espectral por las campañas.

Cantaba el viento en las sonoras cañas,
 Y asumiendo la astral melancolía,
 Las horas prolongaban su agonía
 Paso á paso, á través de tus pestañas.

La sombra pecadora, á cuyo intenso
 Influjo arde tu amor como el incienso,
 Cuando bajo mi pecho te desplomas,—

Miró desde los álamos ligeros,
 En mi alma un extravío de corderos
 Y en tu seno un degüello de palomas.

LEOPOLDO LUGONES.



EN EL PALCO.—BENLLIURE.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. D. JUSTO SIERRA, EN HONOR DE D. EMILIO CASTELAR.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS:

SEÑORES:

En la siempre erguida Escuela de Jurisprudencia, sólo capaz de inclinar la frente ó abatir su insignia ante el Civismo ó el Genio, es tradicional la admiración entusiasta por Castelar.

Hace cabales 30 años, un estudiante de Derecho decía en un artículo sobre el tribuno español («Renacimiento,» Agosto de 69):

«Castelar es un gran poeta; nunca en la tribuna española se ha levantado tan alto la palpitante elocuencia de la imaginación y de la figura: no sólo da vida á sus ideas con su palabra maravillosa, sino que les da una vida que se desborda en pompa de estilo y en inagotable riqueza de color y de brillo. Esa elocuencia que llamáramos panorámica, es el género de nuestro siglo. En la época presente la existencia de una nación se mezcla sin cesar con la de las demás, y el auditorio del Genio está en todas partes. Ha habido momentos en que las naciones civilizadas han ocupado en espíritu las galerías de las Cortes Constituyentes de Madrid: es que hablaba Castelar. Y le era preciso recorrerlo todo, abrazarlo todo, reflejar toda su época en sus magníficas improvisaciones; todo mezclado, y sin embargo, no la confusión, sino la fusión. La necesidad de hablar á aquel auditorio que el orador no veía, pero que sabía que le escuchaba, hacía brotar

espontáneamente de su cerebro, la imagen, ese idioma universal, ese medio de realizar el milagro del don de lenguas. Para llamar poeta á Emilio Castelar, no pensamos solamente en su extraordinaria imaginación, sobre ella posee otra facultad sublime: el sentimiento. La sinceridad de las convicciones da á su expresión una ternura incomparable, un cariño por todo lo bello y lo bueno, que arranca las lágrimas.»

Y el estudiante de Derecho concluía su artículo con estas palabras: «Quiera el cielo conservar para honra de España y bien del género humano, al joven tribuno sobre cuya inspirada frente ha depositado el ángel de la democracia sus mejores coronas; quiera el cielo conservarle para orgullo de las letras castellanas y para el triunfo de la idea moderna que, emancipada de las cadenas de la tiranía y de los errores de sus padres, ha sabido colocar sobre todas las soberanías, sobre la soberanía del rey y sobre la soberanía del pueblo, la única que viene de Dios: la soberanía del hombre.»

*
* *

Este era el diapasón de nuestro entusiasmo antes de que naciera la generación que ha visto morir á Castelar. Y el entusiasmo de los que entonces teníamos veinte años, venía de lejos ya; conocíamos sus novelas, poemas líricos y sentimentales en prosa, en que los personajes no viven como seres de

hueso y de carne, sino como átomos divinos que piensan y que sufren, que chocan y se atraen dentro de un infinito: el alma del autor. Nos encantaban esas novelas, facticias y musicales á un tiempo, porque nos revelaban, en medio de grupos dolorosos de hombres y mujeres irreales, una realidad palpitante y viva: el corazón de Castelar. Para novelador, faltaba al supremo artista de la frase, una sola condición: conocer el amor. Eso se nota hasta en su prodigioso estudio, ¿estudio? diremos canto á Lord Byron. El amor como Byron lo conoció, el amor de la tierra, pegado al suelo, que se alimenta de apetitos, de tristezas, de tormentas y tormentos, inmenso á veces, porque tiene el abismo abajo, que vuela, pero siempre para quemarse las alas, ese que resume en un minuto todos los dolores y los deleites de la vida, nuestro Emilio no lo conoció; lo pensó, lo adivinó, pero no lo sintió. En su lugar colocó frases estupendas en que parece que hasta el aspecto material de las palabras es un sortilegio y que, aun en los que no entienden el idioma del orador, producen un deleite físico. Y es que este hombre que imaginó maravillas de vocablos, diapreados con la tela de hadas de la fantasía, cuando trataba de las mujeres, nunca tuvo un grito de amor sexual, de esos que vienen de las entrañas y de los que parte una cadena eléctrica que junta los corazones de generación en generación. Entró con el espíritu virgen de amor profano, en el amor divino de la libertad y la justicia; su imaginación lo había abrevado en todas las voluptuosidades, y lo hizo artista; su temperamento lo había vestido con el alba inmaculada de todas las castidades, y lo hizo sacerdote, y fué el sacerdote del derecho humano.

* *

Eso vislumbrábamos sin darnos cuenta de ello en sus novelas; pero en sus discursos, ¡cómo vivía aquel hombre, cómo hacía vivir, cómo hacía sentir! Tanto, tanto, que, si me es permitido decirlo así, se percibía su voz al través de sus frases, delgada y cristalina en los primeros períodos y luego rotunda y llena, pero infinitamente flexible y polifónica, como un *carrillón* de campanas de oro. La fatiga que á veces se resiente al fin de sus discursos ó de sus escritos (todo es uno) proviene del placer fisiológico que causa la manera con que el gran poeta espontáneamente encadena las imágenes y liga los vocablos; á fuerza de ser intenso y repetido produce una especie de insensibilidad precursora de la hipnosis; aquella ánfora de elocuencia no podía verterse en nuestra mente y en nuestros nervios, sin colmarlos; se experimenta la necesidad de procurar intervalos al deleite de apurar ese néctar, hecho, como el vino andaluz, de rayos líquidos de sol y esencia de flores de oriente trasplantadas á los cármenes españoles.

Y tal como fué en sus primeros discursos, tal fué en los últimos; la misma espontaneidad, la misma matinalidad de imaginación, el mismo brío juvenil de sentimientos, la misma fe pura en el ideal, la misma pasión por lo bueno, la misma mirada lanzada al cielo luminoso del porvenir, por encima de los horizontes negros de la historia, el mismo apego

hondo, ingenuo, inmutable por la tierra de la patria, formada con el polvo sagrado de los padres y envuelta en áurea atmósfera compuesta de orgullo y sufrimiento y gloria; el mismo hombre, en fin, que canta sus primeras estrofas tribunicias á la resurrección de Italia y estudia en su cátedra de profesor la sorprendente amalgama del alma helénica y el sentimiento cristiano en las fuentes divinas de nuestra civilización es el que cuarenta años más tarde y casi al expirar, hacia del bronce de la ley un pedestal incommovible á la libertad de España, para que así pudiera desafiar el embate de todas las reacciones y de todas las apostasias. Para que el astro de este lírico sin par de la elocuencia política, hubiera podido crepuscular y envejecer, habría sido necesario que hubiese vivido un siglo más.

* *

Cuando la incoherente y vacilante tiranía de Isabel II, cerró la clase de profesor de historia en la Universidad, como quien apaga un faro hacia el cual se orientaba y subía en columnas profundas la juventud democrática de España; cuando lo sentenció á muerte de *garrote vil* como si intentase dar un Cristo á las ideas nuevas, ya Emilio era nuestro, era americano, era mexicano: ya su voz apostólica había resonado, bendiciendo la independencia de la América española, ya su voz profética había anunciado á Maximiliano el cadalso de Iturbide, y aquella profecía, como negra procelaria, seguía la estela triunfal de la Novara en su viaje á los mares mexicanos; después penetró más en nuestros anales y, junto con nosotros, reconoció en Juárez, no una excepción en la clase indígena salvada por España, sino un tipo, una proyección del granito primitivo en plena civilización para dar mayor consistencia á nuestra historia, y subió con nosotros á su altar cívico y en él depositó, con nuestras pálidas coronas retóricas, sus cláusulas magnilocuentes, águilas inmensas que se cernían sobre dos mundos.

¡Oh! cómo lo aplaudimos, cómo lo seguimos palpitantes de emoción, cuando, después de la Revolución de 68, las aclamaciones, más que los votos populares, lo subieron á los escaños de las Cortes constituyentes. Allí, frente al General Topete, el mexicano autor de la revolución antiborbónica; frente á ese otro mexicano que adquirió en nuestra historia derecho de ciudadanía, penetrando en ella armado de punta en blanco, como un paladín de la mesnada del Cid y saludando con la espada de la Intervención la bandera de la República que Zaragoza tremolaba, he nombrado al General Prim; frente al regente Serrano, frente al demosteniano Ríos Rosas, y sobre todo, frente á todos los elementos antirevolucionarios que pretendían coagular definitivamente el alma española en el éxtasis de la contemplación de su leyenda católica y absolutista, frente á un mundo que llenaba todos los recuerdos del pueblo que circundaba al orador, frente á un siniestro muro negro, hecho con montañas por bloques y que se elevaba hasta los astros, ¡cómo luchó, cómo asaltó, cómo abolló su armadura y melló su espada y ensangrentó sus manos; pero cuánto escombros cayó á sus pies, cuánto aire puro

penetró por la brecha, y, aunque rota y destrozada la bandera, cuán gárrula y sonante flotó en el nuevo ambiente de libertad y de reforma!

Luchó por la libertad individual, por la abolición de la esclavitud, por la autonomía completa de Cuba y Puerto Rico, por la separación de la Iglesia y el Estado, por la República siempre, siempre por la democracia y poco obtuvo; pero en esa época brega por sus ideales ¡cómo hizo circular el oxígeno en el interior de los organismos viejos, cómo los oxidó, cómo preparó su transformación inevitable!

Y de veras, que sólo quienes no lo hayan leído ó lo hayan olvidado, pueden decir que en aquellas maravillas de arte, no había más que forma, mentira; negar el rayo de luz en el deshecho ramillete de los colores espectrales; decir que el iris no denuncia al sol, eso es negar que en los discursos de Castelar no existe la razón superior del pensador y del político; en ese hilo de oro va enhebrado el collar de diamantes y de perlas que desgranó perpetuamente sobre el mármol de la tribuna.

*
* *

¿Un orador parlamentario? Sólo por momentos. ¿Un tribuno? Sólo en sus arrebatos de ira ó de piedad. ¿Un fraseador académico? Sólo en sus períodos serenos, cuando colgaba su escudo de las sonantes palmas y se sentaba á reposar sobre la grama entre el *olifante y durandal*. ¿Qué era, pues? Era el orador, el orador puro; el orador por excelencia; jamás, creo yo, se ha revelado ni en el Pnyx, ni en el Forum, ni en Westminster, ni el Palais Bourbon, ni en el Luxemburgo, ni en el Capitolio, ni en Berlin, Viena, Buda-Pesth ó Roma, un poder semejante; un poder semejante de transmutación en música oral de la historia entera, de la filosofía, de la ciencia y del arte. Jamás la tribuna política ha sido convertida en urna de mármol más vasta y más artística á un tiempo; ella es la fuente de donde fluye un río de elocuencia y emoción ilimitado que ha reflejado todos los cielos desde el que hace del Ecuador una inmensa argolla de oro y de fuego, hasta el que enciende sobre la corona de cristal del Polo el nimbo de las auroras boreales; todos los paisajes, el desierto rojo, el Mediterráneo de zafiro vivo, los campos tostados de la patria, las praderas esmaltadas de trigales y viñedos de los países ricos, y las selvas americanas y los negros pinares del Norte, y las inmensidades del Atlántico y el Pacífico que el genio de Colón y Magallanes engastaron como esmeraldas en la corona de España, rota hoy en fragmentos de oro sobre la tumba de Castelar. Sí, todo lo reflejó ese río cósmico, las obras de los hombres desde la Esfinge de Gizeh hasta la Venus de Milo, en cuyos pechos divinos se nutren los adoradores de la forma y de la idea; desde las vírgenes de Murillo vestidas con las místicas alburas de los lirios y con los siete cielos de la teología condensados en el azul del aéreo manto, á los pies el arco ascendente de la luna y en torno el estremecimiento musical de todas las alas del empireo, hasta la augusta estatua de la libertad, cuya sombra, como la de un gnomón de bronce, se proyecta lentamente en la bahía imperial de Nueva York. Pero

reflejó, sobre todo, las esperanzas, las ilusiones, los pensamientos y los dolores de los hombres. Aquella elocuencia vivía de la muerte, porque vivía de la historia; ¿pero es la muerte la historia? ¡Oh! no, los muertos resucitan perennemente en nuestras almas y uno de los más grandes pensadores de nuestro siglo, lo ha dicho: en cada momento de la vida de la humanidad, viven más los muertos que los vivos.

*
* *

Castelar vino un día á nosotros, se sentó en nuestra comunión literaria, tomó un escabel en la redacción del periódico más popular de la prensa mexicana; entonces comenzó esa fulgurante serie de páginas en que el orador hablaba con la pluma, ya que no con la lengua, y en que, á un tiempo poeta lírico, pitia inspirada, sibila anunciadora, pastor de pueblos, fascinador de hombres, evocador de siglos, informador de ideales y hombre de Estado y de gobierno á fuerza de pasión santa por la libertad, nos enseñó á todos, nos encantó á todos, nos desesperó y nos sedujo; nuestras almas seguían como mariposas la luz de aquella antorcha. . . . Yace hoy por los suelos humeante y extinta. ¿Quién la recogerá? De los cursores que se transmiten la antorcha de la vida ¿dónde está el que ha de recoger la que la muerte hizo caer de manos del tribuno español? ¿Quién ha recogido la lira de Hugo, que un día dijo á Castelar en una de sus epístolas apocalípticas: sois, Emilio, el primer orador del mundo?

Sí, aquel hombre que hacía de sus discursos la perpetua interpretación del Universo, era el orador absoluto; Gladstone lo llamaba en su auxilio para defender la libertad de Irlanda; Depretis y Crispi lo miraban como un colaborador en la obra de la unidad de Italia; un día, en la Sorbona francesa, la juventud universitaria, conducida hacia él por el inolvidable Julio Simón y por nuestro maestro Ernesto Lavisse, lo oyó, lo aclamó, lo rodeó ebria de juvenil entusiasmo, y al compás de la Marsellesa lo declaró un gran orador francés. La sorprendente pompa oriental con que vestía sus conceptos, ofuscaba al principio y se imponía al fin; nosotros, los hijos de los países del calor y del sol, saboreábamos el deleite que ese estilo producía, con lenta fruición, y los hombres de las comarcas frías acababan por comprenderlo y aclamarlo con el entusiasmo con que saludaban las hordas hiperbóreas, el insolado suelo de Italia, desde las gélidas crestas de los Alpes.

*
* *

Y en medio de su prodigiosa é inagotable labor, lo sorprendió la realización obscura, confusa, nocturna de uno de sus grandes ideales: la República española. Llegó un momento en que todo estaba perdido; la mano negra del absolutismo carlista arrancaba á España jirones de las provincias del Norte; el anarquismo cantonalista la desgarraba en las comarcas andaluzas; la asamblea parecía enloquecida de incertidumbre y de miedo; el clero preparaba los supremos anatemas y el ejército las deserciones supremas; la sociedad, como si faltara

bajo sus pies el suelo firme, se agrietaba, se desmoronaba, se hundía; la voz agonizante de España tomó la forma de un grito inmenso de dolor y de angustia en la lira de Núñez de Arce.
 Entonces Castelar subió al poder.

No vaciló, ni se arredró, ni tembló; arrojó á los pies de las turbas como una aureola de latón dorado, su popularidad de orador; aplazó la realización de sus ideales, de sus sueños; sacrificó otros rápidamente: la República federal era la forma del desmembramiento; á un lado, fuera del barco, al mar y para siempre: el ejército popular era el gobierno desarmado contra el desorden y en plena lucha civil, y el ejército permanente era la necesidad suprema; lo armó, le hizo levantar la frente y con él contuvo al carlismo en el Norte é hizo fuego sobre el cantonalismo. . . . ¡Oh! ¡qué gran apóstata! le han dicho. ¡Oh! ¡qué gran patriota! dirá la historia. Para ser un hombre de Estado de primera fuerza, ese poeta, ese soñador, ese fantaseador perpetuo, no necesitó más que su amor á España. Ahora bien, este amor era infinito; para salvarla, ya lo dijimos, sacrificó sus ideales, hizo bien, ¡cómo no hemos de sacrificar á la patria nuestros ensueños, si debemos sacrificarle nuestra vida! Y la salvó; cuanto hizo, bien hecho estuvo; cuánta transacción se creyó obligado á celebrar para identificar la República con la patria, fué honrada y fué heroicamente buena.

La nave marchó obediente al timonel; pero la insensata tripulación se resistió; encrespóse la Asamblea. . . . Un soldado dijo al gran tribuno: pasad sobre ella, he aquí mi espada; Castelar rehusó; no quiso hacer de las tablas de la ley las gradas del solio. . . .

Mientras la dictadura militar hacia encabritarse á España con sus espuelas de hierro, Castelar se vió desconocido, befado, ultrajado. Aquel pueblo demente, respondiendo al grito de los que sólo saben remover sus pasiones malas, echó lodo y piedras sobre la tribuna, en donde el genio de España, personificado en un hombre de bien, descollaba excelso. . . . Él vió huir su popularidad, desdeñoso, sereno, admirable. . . .

Entonces sus amigos de aquí quisimos tributarle un homenaje. . . . El estudiante de jurisprudencia, poeta incorrecto é incorregible, con cinco años más encima, se atrevió á traducir su admiración así:

Ave, sublime decidor, adoro
 tu verbo, mundo que en las almas creas
 y donde en ígneos tropos las ideas
 vuelan, al ritmo de tu voz de oro.

Las razas y los pueblos te hacen coro,
 y las magnetizadas asambleas
 conmueven con sus férvidas mareas
 el bronce de tu tripode sonoro.

¡Ah! te odia ya la demagogia obscura,
 porque al derecho salvas de la escoria,
 de tu tribuna en la inviolada altura.

No logrará descoronar tu gloria;
 de la calumnia la saliva impura
 te unge rey ante Dios y ante la Historia.

* *

Pocos años después, ceñido con la tiara del pontificado literario del mundo de habla española, rebotando vida é inquebrantable fe en los destinos de la democracia, seguro de haber conquistado la popularidad eterna á costa de la popularidad de un día, divorciado sin reticencias de las revoluciones, resuelto á pedir la lenta realización de sus ideales á la educación, al voto de sus conciudadanos libres, Castelar celebró un tratado de paz definitivo con la monarquía constitucional en cambio del sufragio universal. El jacobinismo de ambos mundos se lo tuvo á mal; el jacobinismo es la infalible ciencia de no gobernar bien en los tiempos normales: Castelar lo desdeñó y siguió su camino. Hizo bien: su política era la de un hombre que conocía el medio que pretendía transformar con su acción y tenía en cuenta las condiciones históricas del pueblo español; otra cosa habría sido insensata. Pudo decirse de Castelar, de este último fecundo período de su vida: así se juega; como cuando fué jefe del poder, pudo decirsele, repitiendo la fórmula del maestro eminente de nuestra política nacional: así se gobierna.

Su voz de tribuno calló poco á poco: su fecundidad asombrosa tomó el camino del discurso académico, del periódico y del libro. Su estilo más y más nutrido por la razón, adquirió la consistencia de uno de esos tisús inverosímiles de que decía Mad. de Sevigné: «oro sobre oro, rebordado de oro, reordado de oro, y, por encima un oro crespo *rebrotado* de más oro mezclado á ciento oro. . . . que compone la tela más divina que se haya jamás imaginado.»

Y este modo suntuoso de escribir, era en él tan personal, tan encarnado en su pensamiento y en su sensibilidad, que se transparentaba hasta en sus conversaciones, hasta en su más íntima y familiar correspondencia; un fraternal amigo mío, que fué quizás el último amigo de Castelar, guarda en un centenar de cartas que he leído, las pruebas de este poder incalculable de convertir toda expresión en música y todo razonamiento en sinfonía.

* *

Desconcertado por el carácter cada vez más socialista, es decir, más hostil á la libertad, que tomaba la democracia europea, pálido de horror ante la visión del día de las iras de los trabajadores, que amenazaban á la civilización humana con un naufragio en el Mar Rojo, buscó en torno suyo, al posible mediador santo en la batalla sin tregua del porvenir, y vió alzarse en el silencio del Vaticano una figura trémula y blanca, era la luna de Cristo, era el pacificador supremo! Habló con León XIII, y sintió avivarse su nunca extinguida creencia religiosa, y sin prescindir de uno solo de los artículos de su credo político, dejó doblar las mieses rubias de sus ideas, por un soplo sobrenatural de misticismo y de fe. En Castelar, la devoción de la justicia, la necesidad infinita de creer en la realidad de la justicia, afirmaron en su conciencia su fe infantil en Dios y en la eternidad del espíritu; lo que en sí tenía del alma de su madre, que es el alma de todos

los hombres de sentimiento, lo hizo mantenerse siempre bajo la inmensa sombra de la Cruz; y su maravilloso temperamento artístico, dió por relicario gótico á todas estas divinas aspiraciones y añoranzas suyas, la religión que había inspirado á los debeladores de Granada, á los vencedores de Lepanto, á los redentores de los indios, á los autores de las vírgenes murillescás y de las catedrales ojivas y de las liras de Fray Luis y de los cánticos de Palestrina. Y además, el catolicismo es español en buena parte; casi todo el bronce que decora ese edificio estupendo que se llama la Iglesia Católica, está compuesto de alma española dorado al fuego de las hogueras de la Inquisición.

* * *

Y así, sano y noble y bueno, desplegaba aquel genio verbal sin semejante sus alas estelares. . . . Confiado en la libertad, confiado en la patria. . . . se sentía feliz. . . . De repente vino la noche, la derrota, el desastre, la leyenda heroica y caballeresca de España echada á pique en las aguas de Cuba por los cañones monstruosos de una democracia que ha trasmutado el derecho en fuerza, y el oro en fierro. . . . Y herido con la herida de España, se sintió morir. . . .

* * *

Ha muerto. Ha bajado del reino de la palabra, que era el suyo, al reino del silencio, que es el de Dios. Los ecos de su voz soberana, las ondas sonoras que la llevaron vibrante y magnífica á todos los ámbitos de la civilización, decrecerán pronto. . . . callarán al fin. Los clamores de la apoteosis, las músicas del triunfo cívico, el gran sollozo de la patria, *mater dolorosa* que se abraza hoy al féretro que descende á la perpetua sombra, enmudecerá pronto, ha enmudecido ya. . . . Un solemne apaciguamiento descenderá como la mortaja postrera sobre este hombre de labor y de gloria. . . .

En el profundo mar humano que hoy se agita y encrespa al soplo precursor de las tormentas próximas, ha caído este gran muerto con una bala al pie, la humillación de su patria, y al caer ha hecho un gran remolino de himnos, de elogios, de palabras. . . . de espuma. En los círculos concéntricos que en las olas se dilatan, flotan fragmentos de una corona de encino, de laureles, de áureas palmas. . . . Llevadas por las ráfagas del huracán, huyen por el espacio jirones de celajes pálidos. . . . segmentos luminosos: son vapores de ensueños, restos de un nimbo de luz, de una fe apagada y muerta. . . . Todo desaparecerá. . . .

Los comicios y las asambleas españolas no serán ya un foco de comunicación magnética con el mundo y flotará perdido en lo infinito el extremo del cable eléctrico que unía el espíritu de las multitudes ibéricas con el ideal de la federación de los pueblos.

De cuando en cuando, de uno y otro lado del Atlántico, nos inclinaremos sobre el mar para oír el eco de las campanas de oro que repican bajo las olas, como en la ciudad de Is de las leyendas bretonas.

¡Y Castelar habrá muerto para siempre! . . . ¡Oh! no; si algún epitafio merece esta tumba, es el vocablo por excelencia de la esperanza: inmortalidad. Este es de los muertos que resucitan: no quedará como una medalla artística sepultada en los cimientos de la regeneración futura, sino que ascenderá redivivo al ara de la gratitud de su patria. Para eso basta que cada una de las almas, y son millones, en que hizo germinar una simiente de bondad y de belleza, pongan su átomo de admiración y gratitud en un mismo cáliz eucarístico, y Castelar volverá á la historia, y su ataúd flotará en el océano del porvenir como una arca de salud, como un símbolo de alianza de los grupos hispánicos de ambos mundos; será el Santo-Graal en que bullirá la sangre heroica de que nacimos, en que vivirán eternamente los dos amores supremos que componen la religión latina: el amor del Derecho y el amor del Ideal.

ISRAEL.

Israel! Israel! ¿Cuándo de tu divina
Faz á la sangre pura reemplazará el diamante?—
¿Cuándo el viento del río hará que el harpa cante
Entre el concurso eterno de la brisa argentina?

¿Cuándo será la cabellera que se inclina
Agitada por un viento perseverante?—
¿Cuándo el brazo de luz dará á Judío Errante
El vaso en que se abreve del agua cristalina?

Israel! Israel! Eso será en la hora
En que cante á los cielos la alondra pecadora
Y en el profundo abismo se enternezca el grande ojo

Y cuando levantados el santo y el aristo,
Ponga su blanca mano nuestro príncipe Cristo,
Ponga su blanca mano sobre el infierno rojo.

RUBÉN DARÍO.



[CABEZA DE ESTUDIO.--GIACOMETTI.]

CANCION DE TRISTAN.

(FRAGMENTO).

Y preguntas qué anhelo.... y me dices qué ansío
 Y no ves que mi marcha que orientó la desgracia
 Es á cada momento más sangrienta y más lacia?
 Y no vez que me muero de tristeza y de frío?....

Cual los reyes difuntos en las piedras tombales
 Descansaban inertes nuestros dos corazones
 Y en tus labios resurgen las antiguas canciones!
 Y en tu seno reviven los perfumes nupciales!

Pero cómo podremos regresar al pasado?
 Vuelve atrás la mirada. . . . ¿Dónde están nuestras huellas?
 Ya la nieve ha caído y el sendero ha borrado!
 Ya la sombra en los cielos apagó las estrellas!

Qué irrisorias tus ansias! qué imposible tu empeño!
 Dices frases ardientes y tu boca está yerta. . . .
 Crees vivir y te mueve la mentira de un sueño. . . .
 Y me invitan tus brazos al amor ¡y estás muerta!

Los polvosos laúdes tañe en vano tu plectro. . . .
 Qué irritante es al cabo la lujuria y qué fatua!
 ¿Cómo quiere tu orgullo si yo soy un espectro
 Oprimirme entre el mármol de tus brazos de estatua?

.....
 La campana del alba ya preludia sus sonos,
 Isabela, es en vano que tus quejas exhales!
 Deja ya que descansen nuestros dos corazones
 Cual los reyes difuntos en las piedras tombales!

JOSÉ JUAN TABLADA.

México.—1899.

DURA LEY.

«Escribe la verdad el que muestra el bien que hacen los hombres, es decir, lo que hacen de acuerdo con la voluntad divina, y el mal que causan, es decir, lo que ejecutan en contra de la voluntad de Dios. La verdad—he aquí el camino.»—TOLSTOI.

En un rincón del mundo, en un barrio de la ciudad, en donde la vida tiene tan crueles justicias, conocí á una muchacha llamada Beatriz, que parecía una princesita vestida de andrajos, tan bella era con sus ojos de cielo invernal, su nariz de virgen siciliana, su boca ligeramente contraída por una sonrisa festiva, su frente ancha coronada de rizos trigueños, y su cuerpo esbelto, ágil, travieso. Parecía una niña rica abandonada, no una pobre. Sus pies largos, de aristocrático empeine, estaban hechos para calzar la media de seda suave y la bota de piel fina, no para pisar, desnudos, los lodos del barrio y los cascajos de la vecindad.—Cómo esa mujer de facciones de ídolo, greñuda, sucia, que muele maíz en su metate, pudo ser el molde de la niña delicada? Cómo ese hombre de cráneo estrecho, de toscos puños, de ceño agresivo, que lamisca su comida y gruñe palabradas, pudo crear á la niña adorable? Entre las gentes del pueblo sorprenden á veces estas formas puras, estos seres ideales de ojos azules y exquisitos talles, productos casi siempre de odiosas mezclas de sangre, destinados á la corrupción y al dolor.

Beatriz se marchitaba antes de que su alma se abriera á la vida de la juventud. Por los resquicios de su choza colábanse, en tiempo de frío, las ráfagas ateridas; en tiempo de lluvia los vahos de la humedad; en las mañanas la gritería aguda de los pilluelos y la ronca vociferación de las mujeres; en las noches fragmentos de letanias y bostezos de cansancio, rasgueos tristes de vihuela y cantos de amor en sordina. . . . Su alimento era escaso: el olor de las cocinas, al medio día, cuando el maíz se dora y esponja en los comales y la carne chorrea sus jugos en las parrillas, en los labios de la princesita se apagaba la sonrisa festiva. Su cama era dura: bajo el destramado sarape, su sueño era interrumpido por la querrela ebria de los padres ó por algún murciélago chillón de alas ásperas que arañaba las paredes. . . . Pero apenas dormida,—¡oh divina inocencia!—la Fantasía rica en galas y espléndida en dones, obsequiaba á la niña con juguetes de porcelana y novios de dulce.

En el barrio nadie la quería. Las muchachas cascarrientas la codeaban provocativamente, y los muchachos maldadosos, jugando pizpirigaña, la per-

seguían con bromas groseras y chistes obscenos. Cómo la habían de querer si sus ojazos de cielo eran tan diáfanos y sus pestañas chinas tan sedosas! No era de ellos, de los pobres; era una extrañada del mundo rico, tenía otra sangre, otro cutis, otra alma. El timbre de su voz no cuadraba con la burda sosería, su cuerpo no se prestaba á las actitudes insolentes, sus manos no cumplían bien los oficios viles. Era limpia, remilgada, coqueta: mirábase en un pedazo de espejo y con un peine roto se aliñaba la cabellera. Adoraba hasta la manía, los objetos brillantes, las cuentas de color, los azulejos, las baratijas vidriadas. . . . El odio popular la designaba con la palabra infame: *La Rota*. Este odio es fisiológico, brota de los poros del cuerpo, de una manera irresistible: se inicia en las miradas oblicuas de suspicacia y estalla en las agresiones brutales de revancha. El hombre del pueblo tiene un instinto afinadísimo por la herencia, especie de olfato animal, que le hace sentir y conocer al enemigo, amo implacable si es fuerte y presa segura si es débil. Es cobardemente sumiso con el amo, y por lo mismo terriblemente soberbio con la presa. Lame la mano ó la muerde.—Beatriz era demasiado pura, demasiado bella, vástago de otra raza, de la raza maldita; y la repulsión que empezara con los regaños enconados del padre y las zurribandas feroces de la madre, se continuaba en la vecindad con el apo lo, el pellizco, la maldad terca y punzante.

El padre! estaba seguro de serlo? Al contrario, estaba cierto de no serlo, la sangre se lo decía. De otro modo, por qué si iba hacia él esa niña tan solícita sentía que su mano, en vez de abrirse suavemente para la caricia, se cerraba colérica para el golpe? por qué esas miradas azules capaces de encender fanales en el alma, le obscurecían la vida? por qué no besó nunca esa boca, dulce como la miel de una frambuesa? Hombre rudo, primitivo, sin más ciencia y sin más moralidad que su instinto, de un solo salto, en un solo instante, sin ratiocinios y sin dudas, había llegado á la convicción: Beatriz no era su hija, era la hija de un rico. Ah! la venganza esperada! el legado de sus abuelos! El marido sentía herir las seculares rencillas, mirando de soslayo á su mujer, que bajaba los ojos, recelosa. En otras circunstancias la infidelidad. . . . *pst!* eso qué! . . . el hombre se habría encogido de espaldas. Pero la mujer le había faltado con un enemigo, con un rico! Un bofetón más, una victoria nueva! Y con los arrebatos de un humillado que se venga, sus injurias

sonaban como golpes de mazo. Pero todo esto se borraba en su cerebro al ver á Beatriz. Era suya, tan suya como si fuera su hija; la poseía, la dominaba; y cuando la infeliz no podía obedecer á órdenes contradictorias — «siéntate! levántate!» — la mano sacrilega. . . . La madre también! con la vanidad adolorida de la hembra que ha recibido un mimo y un desprecio, había empezado su venganza degradando á un noble y la concluía corrompiendo á una inocente!

La aristocrática niña se volvió huraña, con nadie hablaba, vivía escondida. Un abatimiento infinito la dominaba. No volvió á verse en el pedazo de espejo; no volvió á pasar el peine roto entre los bucles trigueños de su cabellera, no volvió á recoger objetos de colores, no volvió á sonreír con la sonrisa de miel de su boca. . . . El soplo primaveral de la Juventud no la hizo flor. . . . No tuvo estremecimientos, ni anhelos, ni ensueños. Así era el mundo? tan duro? tan sombrío? no habría en otra parte, allá lejos, detrás de una cortina ó de una enramada, algo bueno, algo santo, una caricia, un beso, una oración? . . . La voz humana sólo sabe injuriar? no ha aprendido una sola palabra de caridad ó de amor? no hay una Virgen que protege á las niñas desvalidas? no hay un Dios que ampara á los corazones enfermos? . . . Pero Beatriz no pensaba en el dolor, lo sentía, no pensaba en la felicidad, la adivinaba. La felicidad está allí: en aquel grupo de niños rubios que corren detrás de un aro ó de un globo rojo, entre flores y rayos de sol. Y Beatriz lloraba. . . .

El tiempo no fué muy cruel con ella: pronto la mató. La lucha había concluido. Los terribles vencedores, el hombre de toscos puños y la mujer sucia y greñuda, mudos, prontos al asalto, en una vereda del gran camino, espían otra presa social, para corromperla ó matarla.

Y el verdadero padre de Beatriz? Supo que tenía una hija?

Sí: aquel es, aquel joven elegante que en un teatro clava sus gemelos en una señorita, que en un salón la galantea, que pronto la hará su esposa.

Cuando en un teatro ó en un salón observó esos grupos de jóvenes frívolos, sin una sola idea, sin un sólo amor, pienso en la princesita vestida de andrajos, con sus ojos de cielo invernal y su nariz de virgen siciliana, y exclamo como el divino evangelista: ¡Raza de víboras! . . .

JESÚS URUETA.



ESTUDIO.—J. RUELAS.

LAS MEMORIAS DE UN POBRE DIABLO.

Después del trabajo, cuando el sol caía lentamente sobre nosotros como el telón de teatro sobre un drama malo é inútil, Calixto tenía de continuo conversaciones ó más bien soliloquios violentos, inacabados é interrumpidos por terribles silencios. Yo lo observaba en tanto que él hablaba. No era el mismo Calixto que yo había conocido; el gentil y suave Calixto, de fisonomía agraciada y fina, de ojos penetrantes y expresivos; el Calixto que tantas veces alivió mi aflicción atrayéndome hacia él como á un asilo de paz, de alegría y de tranquila fuerza. ¡De paz y de alegría!..... Ah! pobre Calixto!

Lo vuelvo á ver y esta visión que desde hace tantos años no me deja un solo instante, me hace siempre mal. El esfuerzo que le costaba encontrar las palabras y pronunciarlas le cubría el rostro de duros pliegues, de contracciones dolorosas, asemejándolo á un anciano ó á un loco. Su mirada me producía espanto y me hacía recordar las figuras alucinadas de sus lienzos y los cielos tormentosos de sus paisajes. Y, ¿osaré decirlo? No le daba sino aprobaciones tímidas, y banales consolaciones que más bien lo hacían exasperar. Sin duda esperaba un gesto, una comprensión muda, una palabra de aliento..... ¿Qué hacer? Una discusión técnica habría dirigido á su espíritu hacia reflexiones menos personales, hacia hechos más amplios; pero era preciso poseer algunos conocimientos y yo no tenía ningunos: era incapaz de razonar las impresiones que experimentaba delante de la extraña novedad de sus obras. No conocía ninguna de las palabras que acarician y consuelan. En vano las buscaba

en mi mudo y entristecido corazón: no las encontraba.

Mi terror crecía por momentos: terror que me sacudía cual sacude la ráfaga la débil espiga de trigo. ¿Trae el arte estas torturas, estos dolores, este infierno?.... Me lo representaba en mis ensueños como un consolador, como el infinito é ideal paraíso donde el hombre no encuentra sino la dicha. ¿Debería vivir yo también sobresaltado de continuo, con el rostro contraído por el sufrimiento y la vista convulsa por donde pasaba el relámpago de la locura? Este pensamiento me daba frío en los huesos.... No habría querido estar allí.... deseaba irme, irme á otra parte.... lejos, muy lejos.... Cada vez que veía á Calixto presa de sus delirios sentía deseos de huir, de irme á un país donde no encontrase sino rostros humanos, sin pensamientos, sin reflejos, como las olas muertas de un lago; pero me sentía retenido por no sé qué misterioso y horrible placer....

En el taller la acrecentada penumbra me parecía cada minuto más trágica: los objetos se amplificaban siniestramente exagerándose hasta la irrealidad de la pesadilla; alrededor de mí las figuras pintadas se animaban con una vida terrificante, me dirigían sus miradas sobrenaturales y se mofaban con sangrienta burla, los caballetes me representaban atroces crucifixiones..... Sobrecogido de temor gritaba:

—Calixto! ¡Calixto! Vámonos de aquí.... te lo ruego.

En la calle me calmaba un poco, y Calixto también. Su desaliento tomaba una forma menos som-

bria. Una esperanza, la esperanza en el trabajo del día siguiente, iluminaba su corazón; y yo veía con júbilo despejarse su fisonomía, borrarse los pliegues de su piel y las contracciones de su rostro. El ruido de la calle, el movimiento de la gente, el brillo de las tiendas arrojaban los fantasmas de mi cerebro. Calixto me tomaba del brazo y caminando me decía:

—La pintura?..... No te imaginas, muchacho, cuán difícil é imposible es.... Sí; muchas veces he pensado que podría ser cosa de burla, como lo es para la mayor parte.... Qué se yo! En fin!... Hay dos cosas en la pintura: dar el carácter á lo que se pinta.... el dibujo, si quieres: esto no es nada; y la observación; y el ingenio.... Ah! el ingenio!... Por ejemplo.... Supongamos que estás en un jardín.... Sí.... En este jardín hay flores, grupos de flores de diferentes colores que al parecer se excluyen. Bueno.... Teóricamente imaginas que esto es inarmónico.... Y bien! Nada de esto.... En la naturaleza todo está bien colocado.... La naturaleza se burla de las teorías y te voy á explicar por qué.... La naturaleza, ó si quieres mejor, la luz, hace una operación. ¿Cómo diré? Química? Química no.... en fin, no importa.... Sólo que la naturaleza, sin que esto sea sensible á la vista, junta por invisibles justaposiciones los diversos grados de un tono al otro.... Esta invisible transición es la que debe buscar el pintor para llegar á una armonía aproximativa. El no puede hacerlo sino dividiendo el tono.... Sí, pero.... En Bouguereau encontrarás lo que te digo.

Bruscamente se interrumpía y me daba un codazo.

—¿Qué teñas? ¿por qué querías irte? ¿estás enfermo?

Le confesaba los terrores de mi espíritu y las extrañas visiones del taller.

—El arte, chiquillo.... El arte es esto.

Visiones.... Has encontrado, ni más ni menos, el carácter de las cosas del taller. Un caballete como una cruz, como un patíbulo.... Ah! el movimiento, esto es, el carácter.... Has dado á este objeto que no es nada, que no tiene una existencia real, la forma de los terrores de tu espíritu.... Bravo! Estás en camino.... Mañana quizás lo verás de otro modo.... como una catedral.... como una flor de luz.... como un animal simbólico, ó no lo verás.... Es preciso meterte en la cabeza esta verdad.... Un paisaje, una figura, un objeto cualquiera no existe en sí, sino en tí. Te imaginas que hay árboles, llanuras, ríos, mares, astros?.... Error, mi buen hombre.... No hay nada de todo esto, exteriormente á lo menos. Todo está en tí.... Un paisaje, chiquillo, es un estado del tono de tu espíritu.... como la có-

lera, como el amor, como la desesperación. La prueba está en que si pintas el mismo paisaje en un día de alegría ó en un día de tristeza, harás dos paisajes diversos, que no se parecerán en nada. La naturaleza!.... Juzgo que la naturaleza es admirable en esto:—escúchame bien—en que no existe. Ella no es sino una combinación tonta y multiforme del estado de tu espíritu; una emoción cambiante de tu alma.... Un árbol! ¿Qué es un árbol? ¿qué significa un árbol?.... Los naturalistas me hacen reír: ellos no saben lo que es la naturaleza: piensan que un árbol es un árbol y el mismo árbol.... Qué tontos! Un árbol, son treinta mil cosas.... Un animal algunas veces.... algunas veces una iglesia.... algunas veces un instrumento de música.... lo que yo sé.... todo lo que ves, todo lo que sientes, todo lo que comprendes.... Te digo todo esto muy mal, pero te digo la verdad.

Y me sacudía el brazo rudamente cual si fuera una rama, repitiendo:

—Esto es evidente.... veamos.... esto salta á la vista.

Estas palabras incoherentes y contradictorias no me inspiraban confianza. Ellas se disipaban de prisa, y yo no retenía sino un ruido discordante como el sonido del cuerno que se pierde á través de los rumores de la ciudad.

Llégabamos, él confundido por sus palabras, yo aturdido de oírlas, á la pensión donde acostumbrábamos comer en la tarde: una pensión modesta y triste, frecuentada por los empleadillos de los ministerios y algunas vecinitas sin familia. Calixto había escogido esta posada para «cambiar de aire,» y evitaba cuanto podía las charlas literarias; los cafes artísticos.... era una especie de reposo intelectual.... una tregua á las preocupaciones *de la cabeza y del estómago*; y se entretenía con los comensales hablando de política, de cocina, de mujeres.

—Cabezas de ternera—me dijo el primer día—pero trágicas.... Tú verás.... No encuentro nada más terrible que un burgués grueso y calvo.... Toda la ferocidad humana está allí, muchacho. Esto me conforma un poco; me da mejor opinión de mí mismo.

Permanecíamos en la pensión casi dos horas. Calixto se reía de los equívocos del burgués y picaba el ojo á la criada cuando pasaba cerca de él. Tenía ciertas vulgaridades que me apenaban; pero prefería verlo así.

—Ah! señor Calixto, decía la doméstica, acabaréis por....

Calixto respondía con un gesto á la vez grosero y simple:—Es para reír.... Tú sabes que no me enamoro sino de mis pinturas. Es suficiente para mi temperamento.

OCTAVE MIRBEAU.



ESTUDIO.—CHÁVEZ.

FERNANDA.

Cuando las hermanas Mante terminaron en el teatro el baile en que se evocaba la época del Directorio, la Sra. Dumieres me dijo:

—Deseo contarle á usted ahora mismo la historia de mi bisabuela. Conoce usted perfectamente ese imperioso instinto de las personas nerviosas, en quienes un hecho anterior despierta en la memoria antiguos recuerdos que yacían olvidados en ella. Estos recuerdos se agitan de pronto en los pliegues de nuestras circunvoluciones cerebrales, llaman á la puerta de la célula correspondiente y no hay más remedio que abrugarles.

Por eso evoco en este instante los amores y disgustos de mi bisabuela, con arreglo al relato que

de ellos tengo por varios individuos de mi familia.

Mi bisabuela se llamaba Fernanda, y aún conservo un retrato de ella, hecho al pastel por un artista célebre.

La buena señora conoció en un baile á M. de Cassenat, el cual tuvo que emigrar cuando el proceso de los Girondinos, por haber comido varias veces con Vergniaud y madame Roland. Los compradores de bienes nacionales habian adquirido todos sus bienes, dejándole poco menos que en la miseria.

Fernanda y Eugenio Cassenat se amaron profundamente y se juraron ser el uno del otro. Sin embargo, Eugenio pidió á su amada el plazo de un año para la celebración del matrimonio y partió

para la guerra, á combatir al lado del general Bonaparte, deseoso de regresar á París con las charreteras de capitán.

Transcurrieron algunos meses, durante los cuales los periódicos cantaron las glorias de los héroes de la República y describieron las derrotas de los vencidos.

Fernanda esperaba con gran impaciencia el anunciado regreso de su prometido, y una tarde vió bajar de una berlina á un hombre que, en realidad, era Eugenio; pero se negaba á descubrir su rostro, cubierto hasta los ojos por un velo negro.

—Fernanda—dijo el recién llegado—no he dejado de adorarte ni un solo instante, pero te relevo de tu juramento. Una bomba ha mutilado mi rostro de un modo horrible, y no quiero imponerte el espectáculo espantoso de un despreciable y repugnante monstruo. Sólo espero que la muerte ponga término á mi infortunio.

Al oír estas palabras, Fernanda se echó á llorar y exclamó:

—¡No he de amarte como héroe menos que como hombre! ¡Renuncia á tu insensato proyecto y acepta esta mano que por mi juramento te pertenece! ¡Adoro el recuerdo de tu rostro y admiro la grandeza de tu alma! ¿Quién te ha permitido dudar de mi palabra? ¿Quién te ha permitido considerarme como la más vil de las mujeres? ¡Soy tu esposa y te pertenezco en cuerpo y alma!

Jamás—decía mi abuela—ha podido presenciarse una escena más tierna y conmovedora.

Eugenio insistió en su negativa, y Fernanda cayó enferma de peligro, hasta el punto de que sus padres se vieron precisados á suplicar al desdichado joven que aceptara el matrimonio para salvar la vida de su amada.

Eugenio, ebrio de amor, cedió al fin, y se celebró la boda.

Los recién casados se fueron á vivir al castillo de las *Charcas*, cuyos hermosos jardines se extendían hasta el cercano río.

Fernanda alteró su método de vida, haciendo de la noche día, para que Cassenat no temiera que su cara pudiese inspirar horror á su esposa.

Sin embargo, un inteligente artista fabricó una especie de careta de piel, que corregía las mutilaciones del rostro, y dejaba libres los ojos y la boca, que, por fortuna, se mantenían en su primitivo estado.

Durante la noche los amantes se paseaban por el jardín, sin que á favor de la obscuridad se distinguieran lo ficticio y lo verdadero de la cara.

Al rayar el alba se dirigían por distinto sendero al castillo y no volvían á verse hasta el crepúsculo vespertino; pero ocupaban una misma habitación, dividida por un cortinaje, formando dos cuartos separados. De este modo hablaban cuanto querían, sin que sus ojos se encontrasen jamás.

Al cabo de diecinueve meses de tan extraña existencia, murió de repente Eugenio Cassenat á consecuencia de un aneurisma.

Todo el mundo creyó que una vez terminado el luto, Fernanda reanudaría su antiguo método de vida. Pero no fué así. Durante treinta años siguió el mismo sistema adoptado desde el día siguiente

de su matrimonio. Nadie la vió nunca de día, pues no abandonaba su habitación sino hasta la llegada del crepúsculo. Entonces se le veía recorrer los mismos sitios por donde solía pasear asida del brazo de Eugenio.

No utilizaba jamás la luz artificial y le repugnaba la claridad del día. Únicamente recibía á sus parientes después de la puesta del sol, y llegó á serle tan familiar la obscuridad, que comía á altas horas de la noche en una habitación en que nunca entraba ni una lámpara, ni una bujía.

Su hija, mi abuela, que nació á los cinco meses de la muerte de Eugenio Cassenat, fué educada entre las tinieblas. La pusieron por nombre Fernanda, como á su madre, y yo la conocí. Recuerdo perfectamente que se la veía de noche en los interminables corredores del castillo, andando sin luz y sin romper jamás ninguno de los objetos que á veces llevaba en la mano.

Su marido, que era militar, murió en Argelia en la toma de Constantina. Mi padre era su hijo, el cual me puso por nombre Fernanda. Crea usted, amigo mío, que temo quedarme ciega, puesto que, de día en día, se me va amenguando la vista.... y....

Madame Dumieres no terminó su pensamiento, pero comprendo lo justificado de sus temores.

Y tal impresión me había producido su relato, que no acerté á decir ni una sola palabra para consolarla.

La señora Dumieres y yo guardamos silencio por espacio de largo rato.

PAUL ADAM.

JUANA Y BOB.

Juana y Bob son antiguos amigos. Ella es una zagaleja y él un enorme perrazo. Tienen un mundo común, y ambos son rústicos: de aquí la profunda intimidad en que viven. ¿Desde cuándo se tratan y conocen? Ninguno de los dos lo sabe. Tampoco sienten deseo ni necesidad de saberlo. Tan sólo tienen idea de que se conocen desde hace mucho tiempo; desde el principio de todas las cosas, pues ni la una ni el otro se imaginan que el universo haya existido antes que ellos. Ven al mundo tan joven, tan sencillo y tan cándido como ellos; y para Juana el centro del mundo es Bob, y para Bob, lo es Juana.

Bob es mucho más grande y más fuerte que Juana. Cuando de frente le pone las patas sobre los hombros, la sobrepasa con toda la cabeza. Se la tragaría en dos bocados. Pero siente él que en ella hay una alma sutil y que es hechiceramente tierna. Así, pues, la ama y la admira. A la vez, Bob es para Juana admirable. Sabe que es fuerte, y como mujer, venera la fuerza. Observa que él ha sorprendido en la naturaleza secretos que ella ignora, y que él encarna el genio misterioso de lo creado. Le mira grande, reposado y amable. Le venera como en los tiempos antiguos veneraban los hombres á los dioses agrestes y velludos.

ANATOLE FRANCE.



LA NOCHE.—OLEO DE JUAN GAMBOA GUZMÁN.

LA ESTACION DOLOROSA.

Es el fin del camino fácil y hermoso:
de él parte una agria senda que va á la cumbre
de un monte (en ella aguarda la Pesadumbre,
para guiar al viajero que sube ansioso).

Desciende al lado un negro río espumoso
que arastra mil despojos y podredumbre,
sin que un rayo tan sólo su fondo alumbre:
(en la márgen opuesta vive el Reposo).

Y al ver cómo el camino se torna estrecho,
apoyando la barba sobre su pecho,
el hombre se detiene sintiendo frío,

Y no sabe, en la duda que allí le acosa,
si ascender por la ingrata senda escabrosa,
ó cruzar la corriente del negro río.....

AURELIO G. CARRASCO.

Tacubaya, Junio de 1899.

DE VIAJE.

Hidalgo del Parral (Chih.)—Al Suroeste de Chihuahua, muy cerca de la Sierra Madre y á 1,462 kilómetros (por ferrocarril) de México, se encuentra la ciudad minera y eminentemente sucia, que hoy me toca visitar.

Su topografía accidentada, como la de todas las ciudades fundadas en minerales, hace aparecerla pintoresca. Desde el tren, inaugurado aquí hace cuatro meses, se miran los tejados de las casas y las chimeneas de las haciendas de beneficio, dándole un aspecto semejante al de Real del Monte cerca de Pachuca.

Un río sucio y que con frecuencia arrastra cadáveres de animales, atraviesa esta ciudad; y la primera noche que recorro los barrios, tócame mirar en cuartuchos de barreteros, cinco cuerpecitos de niños que mató la escarlatina.

En pocos meses la población de Parral ha aumentado considerablemente, y los constantes denuncios de pertenencias mineras hacen esperar que sea muy pronto un centro de grandes negocios y un Klondyke para los buscadores de oro y plata.

A cinco kilómetros del centro de la ciudad, un archimillonario inglés ha levantado en pocos meses, sobre rocas abruptas y en la boca de las minas, una hacienda de beneficio por lexiviación, que ha costado más millones que cualquiera de su género, y que aún no da resultado alguno satisfactorio.

¿Qué importa? Allí viven centenares de operarios; el propietario, único, es archimillonario, y cada día que un nuevo capricho le obliga á modificar los planos de su hacienda, cablegrafía desde Londres, y hoy se derrumba lo que á tanto costo se construyó hace un mes.

Ninguna belleza artística guarda esta ciudad; ningún templo digno de ser visitado detenidamente por el que viaja; nada que pueda cautivar á quien aquí resida, como no sea el bellissimo cielo nocturno de la región boreal de la República; nada histórico tampoco, como no sea la tumba del General D. Pedro Meoqui, muerto en un encuentro con zuavos, habido en las calles de Parral en 1865, tumba sin nombre y sin fecha, que existe en la Parroquia de la ciudad.

Guarda tambien este lugar el recuerdo de la estancia del Presidente Juárez durante su via-crucis por el Norte; y un monumento mezquino en el campo, bajo el que reposan confundidos los cuerpos de los mexicanos y los zuavos que murieron en el encuentro de 1865.

*
*
*

Si en algo bueno han empleado sus riquezas los mineros de aquí, ha sido, sin duda, en la educación musical de sus hijas; dos jóvenes hay, que no es pre-

ciso nombrar, para rendirles homenaje digno á sus cualidades como pianistas.

* *

Chusca, extremadamente cómica, fué la corrida de toros que, por aburrimiento, me vi obligado á presenciar.

Mataba un expendedor de carnes apellidado Torerito por sus colegas. Torerito, no conforme con lucir su ineptitud, hizo despellejar y destazar en el redondel las reses muertas que habian de expendirse en sus casillas al siguiente día.

* *

Seis días bastan al objeto que aquí me trae; así, pues, terminado el arreglo de los asuntos que hasta Parral me condujeron, emprendo el largo viaje á Monterrey, sin más descanso que una cuantas horas en Torreón, villa que los ferrocarriles y el yanquismo están transformando de día en día, sin conseguir aún desterrar de ella inmundas hosterías, en las que mis compatriotas se han asimilado fácilmente la costumbre yanqui de cobrar caro; pero no la de proporcionar todo ni parte del confort á que tan aficionados son nuestros vecinos del Norte.

Allí, en Torreón, en ese poblacho antipático y yankófilo, vive desterrado, probablemente sin que haya quien pueda comprender siquiera sus aptitudes geniales, uno de nuestros altísimos poetas: Manuel J. Othon.

Marzo de 1899.

Monterrey.—Sobre el horizonte blanquecino que anuncia ya un día calurosísimo, destácase aislado y extraño el Cerro de la Silla, con su natural arquitectura (?) de pesadilla y de monstruoso sueño. Cubre también el horizonte de esta cálida ciudad, abrupta serranía caprichosa y rara, rara y caprichosa cual no podemos tener idea los habitantes del Valle de México, serranía formada con montañas de pendientes y faldas inaccesibles al parecer.

Ya la locomotora del Ferrocarril Internacional que aquí me condujo, reposa empolvada en el inmenso patio de la estación; el tranvía me lleva por calles anchas, limpiísimas, pavimentadas con rojos ladrillos que reverberan cual placas de bermellón bajo el cielo ardientísimo; y antes de instalarme miro desfilas edificios de ladrillo rojo oscuro y mármol negro, chimeneas de fundiciones en las que diariamente se fabrican millares de marquetas de plata, y chimeneas de fábricas de cerveza y de fósforos, y de..... qué sé yo cuántas otras industrias.....

Edgardo Poe, el divino yanqui que cantó á Ligeia, se habría creído en alguna ciudad de su ingrato país, si en plena borrachera lo hubiesen trasladado á Monterrey.....

Ensueños fabulosos de dinero, calurosísima tierra, actividad febril, terror á la peste, mujeres amarillentas, marcadas con el estigma del tisis, pero seductoras y ardientes; ausencia absoluta de miserables y de mendigos; deseos infinitos de vivir rápidamente, de vivir la vida pasajera y fugaz, con los

fugaces y pasajeros placeres de los puertos..... y por las tardes, en las afueras, cerca de la estación del Ferrocarril del Golfo (que tiene más de fortaleza medioeval que de estación ferrocarrilera), la brisa cálida, el viento ardoroso de la mar que parece llega hasta las amarillentas faces de las reineras de ojos febriles y húmeda piel.

Con el rojo, el negro y el deslumbrante tinte del oro, con los colores de la riqueza, de la muerte y de la sangre en ebullición, con esas tintas pintaría un simbolista á la reinera insignia.

* *

Visitas á las fábricas y á las fundiciones; neuralgias atrapadas entre la disertación de un ingeniero fundidor y el estruendo de los encarbonados que descargan minerales, y el ardoroso hálito de los hornos, de donde sale líquida plata. Después, saborear una cerveza helada en la Alameda aromática, contemplando el tranquilo amor de los cisnes y la marcial silueta del Gobernante, que de esta tierra ahuyentó la miseria, sin poder todavía lanzar al fantasma de la peste..... contemplando también las febriles..... las cuasi histéricas miradas de las mujeres de selénica piel, de movimientos ágiles y sensuales, de labios secos y ardorosos, como la arena, como la arena que rodea a la ciudad y levanta el cálido viento de la costa en caliente torbellino... y todo, á la hora sofocante en que la luna roja y brillante como los ladrillos de los pavimentos, se levanta aburrida, sudorosa, sedienta como estas mujeres indolentes y de histéricas pupilas.

* *

Una vigilia nocturna, aburridísima, en una logia formada por burgueses y artesanos cretinos; vigilia en la que me parece tan ridícula y *demodée* esta liturgia, como las mojigangas católicas en los alrededores de México, durante los días en que esa religión conmemora, desfigurándola, la excelsa Predicación y la vida de Jesús.

* *

En esta ciudad, un matrimonio de teutones posee el mejor hotel, en donde se elogia á *outrance* todo lo nacional, después de haber sido estos mismos imbéciles propietarios en San Antonio Texas de otro establecimiento análogo, en el que los viajeros leían á la entrada: «No se admiten negros ni mexicanos.»

* *

Los días santos ¡qué ludibrio! en el templo del Roble, mientras un clérigo ibero, de voz estentórea, sermonea sobre el Lavatorio, la humildad, etc., las reineras de pupilas febriles agitan sus abanicos y coquetean, los *peladitos* increpan al predicador y los lechuguinos beben cerveza fría á la salud del que predica.

* *

Un almuerzo en compañía de tres intelectuales de la localidad, con quienes, después de saborear de

liciosos espárragos y vino de Rhin delicadísimo, plagiando humildemente á los de Goncourt, me ocurre disertar sobre las probabilidades que pueda tener de verdadera la vida futura.

Después, pasan entre los recuerdos de un comensal, las figuras más célebres de gobernantes del Estado: D. Ignacio Vidaurri, Dr. D. José Eleuterio González, primer historiador de Nuevo León, y el actual, el General Reyes, que ha hecho de Monterrey la primera ciudad industrial de la República. Coincidencia curiosa: González y Reyes son hijos del Estado de Jalisco.

Saltillo.—A tres horas de Monterrey..... ¡qué contraste! Delicioso clima, mujeres bellas, muy blancas y muy frías; blancas como témpanos de hielo, frías como pieles de culebras y bellas como estampas religiosas; carencia completa de actividades, enervamiento comercial, francmasonería de rinchos rutinarios, de carácter agrio, ibéricas y rancias costumbres financieras, indiferencia completa por todo cuanto significa progreso material; calles desiertas, ruinosos edificios, templos modernos, sin estilo ni ápice de buen gusto; alrededores deliciosos, floridos, frescos, poblados de olorosos arbustos, y chicas muy blancas, como témpanos de hielo; muy frías, como pieles de culebra, y bellas como estampas religiosas.

* * *

Impresión tristísima y amarga: una visita á la familia del poeta Manuel Acuña.

Al mirar la dolorosa faz de un hermano del poe-

ta, al escucharle hablar de las desgracias de familia y del suicidio de otros dos Acuña, hermanos también del inmortal coahuilense, no puede creerse, no, que el autor de «Hojas secas» se suicidara por desdenes de una ingrata; no, Acuña se suicidó porque traía el estigma formidable de la neurosis, estigma que agravó con sus aficiones literarias y con el abuso de un excitante.

Para escarnio póstumo del gran poeta, esta ciudad que lo vió nacer, posee un teatro semejando catafalco, construido con lámina de zinc.

¡Ah! al recordar el doloroso fin de mi poeta nacional predilecto, al ver en los rostros de los que llevan su nombre, el sello de la degenerescencia, sello terrible que ostentan tantos y tantos de nuestros contemporáneos, recordé cómo la fatalidad ha perseguido la memoria del inmortal suicida, aquí: con ese ridículo armatoste de zinc que lleva su nombre.... y allá, en Dolores, donde sus huesos reposan, con aquel monumento en el que la necia vanidad de sus amigos hace saber á todos cuantos lo ven, que ellos pagaron la mezquina y fea lápida que oculta sus mortales restos.

* * *

En la sala de sesiones del Congreso, el viajero puede admirar los varoniles rasgos de aquella inclita mujer que se llamó Leona Victoria y que fué dignísima consorte de D. Andrés Quintana Roo.

El viajero sabrá allí también, que ese retrato tomado directamente del original, es donación hecha al Palacio de Gobierno, por D^a Felisa García de Corral, nieta de la esclarecida matrona.

ALBERTO LEDUC.

LEOPOLDO LUGONES.

Su canto.... su canto es un trueno profundo y sonoro,
un trueno potente la voz de su lira esotérica.
Es águila y mirlo; cincesa su pico canoro
el verso proteico que asombra á la Cítara Ibérica.

Poeta, le gritan del Plata las ondas en coro,
las ondas que cantan su obra gigante y homérica;
y desde las altas, las altas *Motañas del Oro*,
señala el camino á las líricas tropas de América.

Audaz engrandece las pompas sagradas del Rito;
el Cosmos, sumiso, le tiende su gran pentagrama
y esculpe su diestra, magnífica estatua en granito.

Minerva y Apolo coronan su testa de efebo,
brilla en las cumbres del Arte su regio oriflama
cual llama de un verbo robusto simbólico y nuevo.

RAFAEL LOPEZ.

Guanajuato, 1899.



TOREROS Y MANOLAS.—RICHAD.

LA ESTATUA DE AUGUSTO COMTE.

A LOS SUSCRITORES MEXICANOS.

Un invitado á contribuir para la erección de una estatua al filósofo Augusto Comte, ha expuesto, en un folleto que circuló recientemente, su inconformidad con el expresado proyecto, así como con lo asentado por quienes suscribimos la invitación para México, y los motivos en que funda su disentiimiento, diciendo que lo hace por deferencia á nosotros, entre los cuales hay varios á quienes estima como personales amigos, con lo que ciertamente obliga nuestra gratitud.

El *Invitado*, por razones de discreción bien perceptibles para todos, ha conservado en el folleto un anónimo riguroso, al grado de suprimir hasta la mención del establecimiento tipográfico en que se hizo la impresión; pero ha dejado al mismo tiempo traslucir su personalidad, haciéndola indubitable. Respetando su incógnito y su resolución de no entrar en una polémica, á que tal vez pudiera provocarlo algún ferviente admirador del padre de la filosofía positiva, nos juzgamos, sin embargo, en el indeclinable deber de exponer, no al *Invitado* disidente, ya que elude toda discusión, sino á las personas que nos honraron aceptando nuestra invitación, cuáles son las razones por las que creemos honroso para los mexicanos ilustrados y que con más ó menos asiduidad cultivan la ciencia, cooperar á la erección del monumento á Comte, y lo haremos en muy breves líneas.

El proyecto para cuya ejecución han invitado los positivistas franceses, no sólo á sus correligionarios, sino á los hombres de ilustración y ciencia de todas las naciones, consiste en erigir un monumento á un pensador eminente que consagró su vida á la ciencia y cuya obra intelectual constituye un progreso científico y filosófico. Es verdad que para los positivistas, Augusto Comte no sólo posee estos

méritos, sino otros muy superiores aún; pero el carácter de generalidad dado al proyecto, excluye necesariamente la condición de aceptar en todo y aun en parte el sistema filosófico de Comte, y con mayor razón todavía, la de profesar sus sistemas moral y político.

¿Augusto Comte fué realmente un pensador cuya obra constituye un progreso científico y filosófico? Todos los que firmamos la circular de invitación lo creemos así, estimando que el espíritu humano le debe el gran beneficio de haber realizado la coordinación del método científico, mérito bastante por sí solo para conferir á Comte un puesto distinguido entre los hombres que han hecho adelantar la ciencia: le debe también el eminente servicio de haber intentado, lográndolo, según muchos, construir una síntesis filosófica, moral y política, general y completa, destinada á reemplazar los sistemas antiguos, destruidos por la crítica del siglo XVIII, á fin de no dejar á la humanidad entregada al negativismo, sin creencias afirmativas ó positivas, capaces de servirle de guía y norte.

Aun los adversarios de Comte le han reconocido este mérito; el mismo profesor Huxley, á quien cita el *Invitado* como uno de los sabios de gran talla que han combatido la doctrina positivista, dice á este respecto: «Las obras de Comte me han hecho comprender que se puede organizar la sociedad sobre una base nueva puramente científica. Siempre se lo reconoceré, agradeciéndole que me haya hecho comprender que esta nueva organización es el único objeto que se debe procurar alcanzar.»—(*Fortnightly Review*, February 1869).

Acerca de estos puntos, que son los capitales en la obra de Augusto Comte, nada dice el *Invitado*, que ni siquiera presume de poder juzgar á Comte

por sí mismo, sino que recurre á la autoridad del Diccionario de Larousse, del jurisconsulto belga F. Laurent, de George Dumas y de Jules Bois, y reproduciendo algunas de sus apreciaciones juzga á Comte como hombre, como ciudadano y como fundador de una nueva religión. Es seguro que aun en el terreno en que se coloca el *Invitado*, mucho tendrían que contestar los positivistas que admiten toda la elaboración del filósofo; pero nosotros, para justificar haber aceptado con fundamento la invitación que nos dirigió la Junta de París, así como el encargo de transmitirla á nuestros compatriotas, no necesitamos entrar á ese terreno, y aun podemos suponer fundados todos los cargos que, apoyándose en el Diccionario de Larousse, en Laurent, Dumas y Bois, hace el *Invitado*. La figura del pensador y del filósofo no pierde por ellos una sola línea de su imponente altura.

Aristóteles profesó la religión politeísta, cuya falsedad es hoy evidente; á Sócrates se le atribuye un vicio de los más repugnantes; de Galileo se refieren historias atroces; Francisco Baco fué condenado por el Parlamento inglés como reo de soborno y otros delitos, y sobre Cristóbal Colón pesa el estigma de haber practicado y defendido la esclavitud de los americanos. No obstante, no reducimos una sola pulgada la talla de esos hombres, que nadie vacila en calificar de eminentes y en cuyo honor han erigido estatuas las naciones más cultas.

Podemos conceder más: hay en la obra de Comte y aun en la rigurosamente filosófica, que es la que mayor número de adictos ha conquistado, errores que hasta los más fervientes partidarios del filósofo reconocen como tales; pero ¿esos errores son de trascendencia é invalidan las conclusiones fundamentales del sistema? En manera alguna: los hasta hoy comprobados carecen de importancia, especialmente si se les compara con la extensión y alcance de la parte bien fundada del sistema; y como el valor de una obra se mide en definitiva por la preponderancia de sus méritos sobre sus defectos, ó á la inversa, la de Comte, juzgada así, debe proclamarse altamente valiosa y meritoria, desde el punto de

vista rigurosamente científico, pudiendo afirmarse —como el *Invitado* lo reconoce (página 15 de su folleto)—que contiene verdades de suma trascendencia, por más que, como también cree el *Invitado*, no contiene en sus límites toda la verdad que ha de alcanzar el hombre.

Por eso, á pesar de todos los ataques que se dirijan á Comte, y sobre todo, de los que se encaminen á su personalidad privada y á su obra política y religiosa, queda en pie su altísima figura como pensador y filósofo. Hemos tenido, pues, razón para contribuir é invitar á contribuir para la erección de su estatua.

Quedan consignados los principales motivos que nos determinaron á aceptar el encargo de transmitir á nuestros compatriotas la invitación de los positivistas franceses, así como en el aludido folleto fueron consignados los que el *Invitado* tuvo para no contribuir á la realización del proyecto, y con ello damos por cerrado el incidente, proponiéndonos, á nuestra vez, no entrar colectivamente en polémica alguna á que pudiéramos ser provocados.

El monumento será erigido, pasarán los años, y entonces, juzgados en definitiva el valer y mérito de Comte, se sabrá si la verdad estuvo con el *Invitado* ó con nosotros.

México, Junio de 1899.—*Manuel Fernández Leal.*—*Porfirio Parra.*—*Justo Sierra.*—*Miguel S. Macedo.*—*Agustín Aragón.*—*Pablo Macedo.*—*Ezequiel A. Chávez.*—*Benito Juárez.*—*Andrés Aldasoro.*—*Miguel E. Schulz.*—*Andrés Almaraz.*—*Horacio Barrera.*

N. B.—Ausente del país el Sr. Lic. D. José Y. Limantour, que en nuestra compañía suscribió la circular de invitación, excusado parece manifestar que quienes firmamos esta exposición, lo hacemos tan sólo en nuestro propio nombre y sin atribuirnos representación, ni aun tácita ó presunta, de nuestro distinguido amigo ausente.

AL AMANECER.

Asoma, Filis, soñoliento el día
Y llueve sin cesar en los cercanos
Valladares; al pie de los bananos,
Mi grey se escuda de la niebla fría;

Las vacas á sus hijos con porfia
Llaman de los corrales, en pantanos
Convertidos, y ruedan en los llanos
Pardas las nubes y en la selva umbría.

Oye... se arrastran sobre el techo herboso
Los tiernos sauces con extraño brío
Al mecerlos el viento vagoroso,

Que, trayendo oleadas de rocío,
Por las rendijas entra quereloso:
Prende el fogón, amiga, tengo frío.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

ALBUM DEL EXTREMO ORIENTE.

KONG-TIEN-TE.

Esto sucedía muchos años antes de la conquista, cuando la China se gobernaba sola; los hijos del cielo no llevaban todavía sobre la manga la herradura de seda y piel, ni llevaban tampoco en la nuca la larga cola, signos ambos de la servidumbre que el tártaro vencedor impuso á los vencidos en señal de desprecio y para compararlos con las bestias.

Los chinos eran libres y enrollaban sus cabellos sobre el cráneo; únicos dueños del arroz y los bambúes habían inventado ya las cosas útiles y sabias que el resto del mundo debía ignorar todavía durante millares y millares de lunas. Pasado el gran calor del mediodía, cuando el sol comenzaba á declinar un poco, la mujer salió de la humilde casa. Kong-Tien-Te, *la virtud celeste*, esposa de Kong-Te-Hong el herrero, era todavía joven y bella; su dueño la amaba por su corazón, por su felicidad y por su razón; para todos era una buena consejera; las madres la mostraban á sus hijas como un modelo de las doce virtudes, y todo el pueblo estimaba á la pareja honesta y pobre que vivía en la herrería.

Kong-Tien-Te se sentía feliz; pronto haría nueve meses desde que había sentido removerse en sus entrañas la promesa de una maternidad largo tiempo esperada; ahora sólo rogaba á los dioses paternales que su hijo fuese varón.

Se detuvo en el umbral de la puerta baja y miró hacia el sol para saber si la hora de la súplica había llegado, pero el sol se levantaba bastante todavía sobre el borde del horizonte y la mujer quiso caminar algún tiempo por los campos para meditar y penetrar en sí misma antes de la oración.

Atravesó el pequeño patio plantado de legumbres donde vagaban los animales domésticos y salió de Tai-uen; antes de alejarse se volvió hacia su pacífica habitación, escuchando con placer el ruido del martillo contra el fierro; los gorriones, desde los tejados, acompañaban el ruido con sus gritos. Miró un arbolito que habían plantado la mañana de sus bodas y que estaba apenas alto como un niño; la madre pensó dulcemente en el pequeñuelo que esperaban, sonrió á la casa y se puso en camino.

La llanura estaba ante ella, vasta y desnuda, verde por las hojas y amarilla por los trigos; en la lejanía; bajo el sol, se extendían los grandes mantos de arena donde maduraban los *pistaches*; un silencio imponente dormía sobre la tierra monótona, y grave que alimenta á los hombres.

Kong-Tien-Te caminó algún tiempo y encontrándose cansada se sentó; detrás de ella, lejos ya, distinguía los tejados rojos de la aldea abrigados tras sus ramilletes de bambú; los moscardones zumbaban y revoloteaban alrededor de ella que los alejaba con un lento movimiento de mano, hasta que muy pronto se adormeció.

Cuando de nuevo abrió los ojos no le pareció que el sol hubiera avanzado en su descenso, y la joven madre nuevamente comenzó á caminar hacia los

arenales. Tenía hambre y recogió *pistaches*. Caminaba recto ante ella meditando siempre y dirigiendo su marcha hacia el Sol para más de cerca adorarle. Bebió agua en un pozo y de nuevo se aletargó; al despertar, el astro bienhechor que dora las cosechas resplandecía en el mismo lugar siempre.

—El día no acaba—se dijo.—¿Que tendré yo para adormecerme así?

Y de nuevo caminó, comió y bebió; sentóse y se adormeció otra vez. Sin duda dormía muy poco porque cada vez que despertaba Kong-Tien-Te veía el Sol en el mismo lugar.

Quedó maravillada de improvisó al distinguir ante ella una inmensa llanura verdosa, cubierta de aguas estancadas; se acercó y pudo ver infinidad de cañas delicadas que asomaban sus puntas fuera de las aguas, y la joven creyó reconocer los arrozales de los que había oído hablar en las tardes á los viejos sabios que han viajado mucho y visitado países muy lejanos.

Regocijábale de haber podido contemplar en su vida el pantano sagrado que alimenta á innumerables pueblos, sorprendiéndose sólo de encontrarlo tan cerca de su aldea, y, orgullosa, pensaba que acababa de descubrir un arrozal desconocido, presente de los dioses.

Para mostrar la prueba recogió algunos granos que guardó en sus ropas; después comió un poco y se adormeció; después volvió á caminar todavía para conocer la extensión del arrozal.

El arrozal no acababa; Kong-Tien-Te estaba alegre y pensaba en la bondad de los dioses, caminando siempre hacia adelante sin que el arrozal concluyera.

—Es preciso volverme, decía la joven.

Volvió á tomar un poco de reposo antes de volverse para poder de una sola tirada deshacer el camino andado, pero al levantarse observó hacia su derecha una línea que brillaba como una barra de plata pulida y quiso ver lo que era antes de volverse á su casa, puesto que el Sol se hallaba todavía muy alto en el cielo siempre azul.

Avanzó: la línea de plata se extendía como un inmenso espejo y Kong-Tien-Te vió un río tan ancho que hubiérase creído una llanura; se alejaba hacia el fondo del país, tan lejos como la mirada podía alcanzar; vistas de cerca sus aguas eran amarillas.

Kong-Tien-Te bebió largamente en el hueco de su mano el agua del gran río y como se inclinara sobre él, vió su imagen.

—Esta agua, dijo, es milagrosa porque en ella veo mi imagen con los cabellos blancos....

Pronunció las oraciones que conjuran los sortilegios y se paseó sobre la ribera siguiendo la dirección de la onda, siendo más ancho el río á medida que ella descendía. En su camino tropezó con gentes vestidas como las de su pueblo á quienes no conoció.

—Venerable madre—gritaban.—¿Quiere vd. atravesar el río?

Ella pensó: "Qué hay en mí que pueda ser venerable y por qué razón me llaman madre cuando mi hijo no ha nacido todavía?"

No conocía las barcas ni el arte de caminar sobre las aguas; aceptó pasar el río dando como retribución el arroz que llevaba en los pliegues de sus ropas.

Caminó á lo largo de la otra ribera desde donde vió á los pescadores que manejaban los anzuelos y las redes y cuyos Cormoranes hambrientos acechaban á los pescados, se lanzaban trayendo su presa que no habían podido tragar á causa del anillo de hierro que les oprimía el cuello.

Más lejos rozaba con su paso cadencioso, la tierra amarillenta donde crecen los trigos cosechados por hombres que viven en las grutas. Comió sucesivamente ya el trigo, ya el pescado, y el día no concluía aún.

Creó volver sobre sus pasos porque los terrenos inundados se extendían repletos de arroz; pero vió unas montañas salvajes, cubiertas de rocas grisáceas que se erizaban con las formas angulosas de un papel duro, estrujado con una mano.

En su camino vió siempre á las mismas gentes de su pueblo á quienes no reconocía, y siempre, tras un ramillete de bambú, la casucha que se esconde.

—Es preciso volver á la casa—pensó.

Fué muy grande su gozo al extenderse bajo los laureles imprevistos cuyas hojas son frescas y verdes y al encontrar al borde del camino el naranjo de sabroso fruto; nunca hasta entonces había contemplado los árboles que cantan los poemas del Sur, ni las elegantes pagodas cuyos techos tienen los bordes enrollados, ni sus torres cuadradas que se levantan en las cercanías de las ciudades, ni los grandes cementerios, ni las capitales populosas donde se venden las ricas telas, ni el mar.

—Conozco ya el esfuerzo de los hombres y la bondad de los dioses. Es preciso volver á la herrería.

Llevaba en la mano un bastón, y las gentes respetuosamente le ofrecían el the y el arroz. Vió señores en sus palanquines y juncos de todos colores en las puertas.

Volvió sobre sus pasos muy cansada, muy lenta, cada vez más cansada, cada vez más lenta, volviendo á ver las mismas cosas y meditando sin cesar.

Después de las montañas, después del río y los pescadores, después de los arrozales y las arenas, volvió á ver su pueblo y la casita bajo un puñado de bambú. «Kong-te-Long, mi esposo, debe aguardarme para la comida, pues por lo cansada que estoy creo haber tardado mucho.»

Penetró en el tai-nen sin poder comprender como el árbol que había plantado para sus bodas tenía ya el enorme tronco de los árboles centenarios.

Pasó el umbral de su casa y frente al hogar se encontró con unos extraños que preparaba los alimentos de la noche.

—Qué deseáis, venerable madre? Sentáos, estáis en vuestra casa.

—No—respondió—quiero acostarme porque creo

que he caminado mucho y siento que mi hijo va á nacer.

Usted! engendrar un hijo á vuestra edad, venerable madre!

—Decid á Kong-te-Long, mi esposo, que venga á mi lado.

Habíamos oído hablar de un herrero que se llamó así y habitaba en otro tiempo bajo nuestro techo, pero nuestros bisabuelos no lo conocieron por haber muerto desde hace cien años.

—Decid al Bonzo que venga para iluminarme; yo no comprendo ya las cosas.

Mientras que el nuevo dueño de la habitación corría hacia el colegio de los Bonzos, la nueva dueña ayudaba á la dolorida Kong-Tien-Te, quien dió á luz un hijo.

El niño tenía un cráneo ancho, arrugas sobre la frente y cabellos completamente blancos.

La madre lo miraba con asombro y preguntaba á los dioses sobre qué misterios meditaba tan gravemente su recién nacido.

El Bonzo llegó y dijo:

—Hace cien años, en efecto, que camináis, venerable madre, porque indudablemente eran necesarios cien años á la naturaleza para hacer un sabio y un filósofo.

La madre con timidez se atrevió á acariciar los cabellos blancos y largos sobre la severa frente de su hijo.

El Bonzo añadió:

—Esto que veis, venerable madre, se ha instruido con vuestra ciencia y alimentado con vuestra meditación, será el Bonzo de los hombres y les enseñará la verdad.

El niño escuchaba al sacerdote sin responder.

Y así vino al mundo Kong-Fou-Tse, ilustre entre los pueblos por la sabiduría de su espíritu y á quien los mismos bárbaros de ojos azules, venidos de Occidente, celebran bajo el nombre de Confucius.

EDMOND HARAUCOURT.

CREDO....!

A JOAQUIN D. CASASUS.

El genio, la locura ¿quién decide tan difícil cuestión? ¿quién fija y nombra la línea imperceptible en que coincide la clara luz con la nocturna sombra?

NUÑEZ DE ARCE.

I.

¡Qué espléndida ovación! Nunca la Escuela un día tuvo como aquel. El sabio dejó correr de su elocuente labio la Ciencia y la Verdad á toda vela. Así en términos suyos repetían sus discípulos todos en la arcada monumental del edificio. «Bueno, hijos míos, adios. ¡Qué bien decían antaño, sólo sé que no sé nada! La Ciencia es todo hoy. El mundo lleno está de su fulgor; y Dios, señores, se recoge en las últimas trincheras con su cauda de vates soñadores,

de espíritus sin método, de errores, viejos restos de trasgos y quimeras. Los secretos se van. Sólo su rastro asombra aún los ánimos pequeños en acumulación de herencia insana, y la unidad del átomo hasta el astro, libre ya de temores y de ensueños, ve y analiza la conciencia humana. Adios, por otra vez.» En las abiertas galerías los ¡vivas! resonaron entre aplausos al sabio esclarecido; y en una onda, por las anchas puertas, en la vecina calle se volcaron, dominando del tráfico el ruido.

La luz crepuscular ráfagas rojas lanzaba en el zafir diáfano y puro, pira triunfal sus llamas parecían y del jardín cercano entre las hojas la sombra y el color, en claro-oscuro, sus estambres efímeros tejían.

El maestro marchaba lentamente como la luz occidua. En el ambiente se respiraba un vaho delicioso de vida vegetal. Conciliadora la actividad entraba en el reposo, hamaca por el tiempo preparada que recoge á su tránsito la Aurora. Así llego feliz á su morada, atravesó la puerta; y al criado preguntó en el portal grave y erguido: «¿Ha llegado Anaxímenes?» Su oído Acarició una ráfaga: «Llegado»

Y comenzó á subir por la escalera amplia y hermosa de la altiva casa, desdeñosa y solemne cual si fuera supremo dios que la ignorancia arrasa. No estaba en el salón Anaxímenes, (Anaxímenes siempre en su lenguaje) su hijo, hijo único, celaje de su existencia azul, nido de bienes. Dirigióse al balcón que estaba abierto, y la luz del brillante plenilunio bañó su frente blanca y espaciosa.... y también el balcón halló desierto. «No está aquí,» dijo. No era el infortunio, sino la dicha de vivir, ansiosa, lo que animaba su alma en ese instante: un beso de su hijo era una cosa que buscaba en las noches anhelante. Y penetró de nuevo. Vacilante del cuarto de Anaxímenes salía un tenue resplandor.... Ah! ¿qué sentía su corazón ahora? El golpe claro y uniforme del péndulo le asusta; y exclama estremeciéndose: «es muy raro, yo no sé qué me inquieta y me disgusta.» ...Llega y le mira, inmóvil, extendido sobre el intacto lecho, se aproxima, baja á su frente la cabeza cana por besarla, creyéndole dormido, y fulminando se desploma encima. Pero no era cierto, no era cierto.... Aquel joven feliz de veinte años— su obra más acabada—estaba muerto!

... De repente se irguió, ¿qué desengaños le esperaban allí?... En la pequeña mesa de noche contempló, con mudo y mortal estupor, la carta, el pomo; y lo mismo, lo mismo que el que sueña, un vaso á medias lleno.... ¿Cómo pudo tomar la carta entre sus manos? ¿Cómo? ¿Y leerla una vez y veinte y ciento?.... ¡Oh, luchador! caíste en tu escudo; pero exhalando pavoroso grito que resonó en los términos del viento, arrancado á tu pecho de granito.

Y qué cruel la carta: «Padre, padre, no dudo de tu ciencia, yo la adoro; pero una voz, la de mi santa madre, me habla de Dios en cláusulas de oro.

Mi corazón heriste. No te acuso. Me has enseñado tanto, tanto, tanto! Pero algo Dios se reservó y no puso á tu alcance: vencer mi desencanto.

Crece la Ciencia, si; pero la esfera del eterno y fatal desconocido se ensancha y nos invade por doquiera. ¡Oh, padre! las tinieblas han crecido.

¿Cuándo se apague el sol? Cuál el objeto de tu Ciencia será, si no ascendiste el espíritu humano hasta el secreto que busco yo, desanimado y triste?

Saber para vivir la vida breve del misero planeta, que al aliento del torbellino va, como una leve arista arrebatada por el viento,

es pequeño y brutal. Tendió su escala Darwin, Jacob del pensamiento humano, para ascender así, plegada el ala, pero siempre hacia Dios, que es el arcano.

Al oírte decir en el glorioso trípode de la cátedra: «preciso es matar el instinto religioso,» mi alma abandonó tu paraíso.

Perdóname, no sé; para mis años era mucha la ciencia de los tuyos, ¡ah! la Verdad engendra desengaños, el que recibes hoy.... es de los suyos.

Conservo entre tus libros y los míos un libro de oraciones.... ¿no te enojas? Tiene lágrimas secas.... desvarios de mi madre.... y tu nombre entre las hojas.

Para decir mi confesión amarga necesito morir. ¿Cómo podría arrojar de mis hombros esta carga ante tus ojos, á la luz del día?

Nunca te amé como te amo ahora que te dejo y me voy.... ¿Mas como hablarte? ¡Si no tengo valor!.... Y halagadora al oído una voz, me dice: ¡parte!

Y parto con el alma recogida
como en un cáliz de piedad. Mañana
á las plantas de Dios será ofrecida
por mi madre, tan buena, tan cristiana.

Al guardar en la tierra mis despojos
tú me dirás ¡adios! de pena ciego;
yo vuelvo á Dios los suplicantes ojos
y te digo al morir: ¡Padre, hasta luego!"

* * *

¿Y qué pasó después de la caída?....
Las horas sin instantes de la fiebre
y los días y noches sin medida
no hay hilo intelectual que los enhebre....
un paréntesis fueron en su vida.
Tornaba la memoria débil, lenta,
á perfilar la costa abandonada
entre una onda obscura que revienta
en las riberas del recuerdo, airada.
¿Era sueño ó delirio? La corriente
le arrastraba en sus olas; á ocasiones
en un remanso detenido al paso
circulaba, escuchando de repente
ayes y gritos, cantos y oraciones
y viendo el sol muy pálido en Ocaso.

II

¿Y su razón? ¿Y su razón perdida?
Partió como un corcel, la crin revuelta
al viento huracanado de la vida,
como manojos de centellas suelta,
en medio de la noche enmudecida.
Resonaban sus casos con un seco
golpear en sus sienas reciamente,
y en las tinieblas contestaba el eco
riendo ó sollozando indiferente.
El abismo es así, hórrida fauce
atrae como el imán, mata y alienta;
¡ay de la linfa que abandona el cauce
alentada al furor de la tormenta!
Y llevaba las manos á la frente
el viejo pensador con un violento
ademán de pesar. ¿En que torrente
cayó como una flor despedazada
entre la tempestad su pensamiento?
Interrogó á las sombras... ¡Nada! ¡nada!
Mantúvose mirando embebecido
algo visible en el espacio obscuro
sólo á sus ojos, y que de hondo olvido
brotaba como el sol, muy tierno y puro.
Aspiraba ansioso la fragancia
de flores nuevas, plácidos sonidos
de fiestas alegraban sus oídos:
el lejano recuerdo de la infancia.
Su madre, de piedad divino ejemplo,
le acercaba al altar, y de rodillas
escuchaba las pláticas sencillas
del anciano pastor. Llenaba el templo
la muchedumbre, á la palabra santa
comprimiendo el sollozo en la garganta
de gozo ó de dolor, que la alegría
y la pena se funden en el llanto;
Jesús en el altar resplandecía
y el áureo coro desgranaba un canto.

¡Qué extraña entonación la del salterio!
él escuchaba de ternura herido,
en un intenso raptó recogido,
y su madre lloraba... ¡qué misterio!

El cuadro se borró. ¿Qué mira ahora
y qué rumor distante se levanta?
Hay luz en su memoria, luz de aurora,
y su primer amor revive y canta.
El primero y el único. El colegio
amaba más que el templo; pero puede
afligir á su madre si no cede
á repetir el santo florilegio.
Y en la iglesia vió, sola y de hinojos,
como miel la oración entre la boca,
la fe hecha luz en los azules ojos
y cubierta la frente con la toca.
Ella le vió también; el sentimiento
que la embargó fué rápido, los cirios
bañaron en fulgor la pensativa
faz que inclinó con dulce movimiento,
blanca con la blancura de los lirios,
sintiéndose al vencer también cautiva.

Era él casi un sabio entre los sabios;
pero al verla tan bella se dilata
su sér en algo nuevo que le aleja
de sus libros un punto, y que sus labios,
siempre tan elocuentes, no desata;
ni cuando un día se llegó á la reja
y trémula de amor como una hoja
entre sus manos estrechó la suya,
oyó como una música: soy tuya,
mientras el llanto sus pupilas moja.
Le alzó un templo: el hogar; y ella, la santa,
cuando en sus brazos expiró, le dijo:
no era posible, no, ventura tanta.
Cree siempre en Dios, por Dios; y le bendijo
dejándole su alma y su belleza,
bañadas en un tinte de tristeza,
en la gentil figura de su hijo.

¡Qué dolor tan cruel! La criatura
qué hermosa, sí; pero la vida rota
por la del blanco niño que nacía
nunca pudo olvidar, y la amargura
destilaba su hiel, gota por gota,
en su existencia; y de su amor surgía
el recuerdo, su madre, ella... y en tanto,
Jesús en el altar resplandecía
y el áureo coro desgranaba un canto.

Mirábase en los ojos del vidente,
á pesar de sus lágrimas risueño,
el crepúsculo vago que en la mente
separa el pensamiento del ensueño.
Que separa ó que une, ¿quién podría
de esa duda romper el negro broche?
No es la obscura sombra de la noche,
tampoco es el resplandor del día.

* * *

Y no volvió á la cátedra. Pasaba
las horas invocando á los ausentes
y muchas de rodillas, y lloraba

ocultándose lejos de las gentes.
Ansiaba penetrar en el santuario:
pero solo, muy solo, sin testigos,
y allí contar las cuentas de un rosario
que fué de su mujer. De sus amigos
huía como un réprobo. Rumores
extraños en las aulas circulaban;
que estaba loco algunos afirmaban;
otros, lleno de penas y dolores.

Ya nunca por las noches dirigía
su anteojo de sabio á las estrellas,
á veces como á un niño hasta creía
lo que en la cuna le contaban de ellas.
Olvidaba la Técnica y los nombres
vulgares de los astros repetía
en sus horas de éxtasis; las huellas
de las almas creíalas. Los hombres
ya no le recordaban. Su memoria,
sus trabajos, sus triunfos y su gloria,
quedaban sólo en la palabra escrita
de sus libros sublimes, y en la historia
de la Ciencia, la pálida infinita.

Una noche de Agosto, las errantes
estrellas como lágrimas de oro
caían en el seno ennegrecido
del espacio sin límites, tremantes
las frondas en redor garrulo coro
llevaban en el viento hasta su oído;
y él lloraba, lloraba sin consuelo,
sus lágrimas la sombra recogía,
la negra sombra en que también caía
el llanto fugitivo de aquel cielo.
¿Qué miró? ¿Qué escuchó? ¿Qué visión rara
vió pasar por sus ojos refulgente?
¿Qué voz le habló? ¿Qué voz? ¿Qué voz amante?
Luz interior iluminó su cara,
cayó de hinojos, humilló la frente
y nuevo sér se levantó radiante!

III.

Iba á empezar la cátedra aquel día,
la sala estaba como nunca llena;
y por el corredor zumban se oía
á la incansable, estudiantil colmena.
El joven profesor, el sustituto
del maestro inmortal, vió sorprendido
penetrar por la puerta al pobre anciano;
allí estaba. . . . temblando, el rostro enjuto
y lívida la tez, de muerte herido,
puesto de puntas el cabello cano.
Apenas saludó con la mirada,
bajo la blanca ceja, adormecida;
ocupó su sillón; y no su frase
decían—tantas veces repetida—
antaño sólo sé que no sé nada,
su boca sin color, casi sin vida,
pronunció como epígrafe de clase:
señores, sé que hay Dios. . . . dijo, y al suelo
se desplomó llorando sin consuelo.

JESÚS E. VALENZUELA.

Tacubaya, Junio 7, 96.

Sr. D. Jesús E. Valenzuela.

San Pedro de los Pinos.

Muy amigo mío: Acabo de leer su «Credo. . . .»
no envío á Ud. una felicitación, porque, como mía,
ningún valor podría tener. Pero si no soy uno de
los próceres de la literatura que pueden ofrecerle
un lauro digno de su obra, si pertenezco á la mul-
titud ávida de verdad, que admira y saluda con
aplauzo del alma al vidente, al profeta que anuncia
días mejores para la patria y la humanidad.

El pasado, matando la inteligencia *objetiva* del
hombre, sofocó la ciencia. El presente, hiriendo de
muerte la inteligencia *subjetiva*, aplastó con brutal
mano la conciencia y cegó la fuente de los más no-
bles sentimientos que impulsan al sér humano á lo
grande, á lo bello, á lo adorable. El canto de Ud.,
mi admirado amigo, es á mis ojos luz de aurora
del día de la verdadera reacción científica que yo
he presentado, y con cuyo presentimiento pronosti-
qué á Justo Sierra, hace más de dos años, gloriosos
triunfos.

No soy capaz de manejar la crítica; pero sé, y po-
dría yo sostenerlo, que si su «Credo. . . .» tiene al-
gún defecto literario,—cosa de que soy incapaz de
juzgar,—como creación científica es admirable, co-
mo todo producto que el azote de un dolor arranca
al genio. ¡Salud!

Su amigo que le estima muchísimo

C. DE OLAGUIBEL Y ARISTA.

México, Junio 9 de 1896.

Sr. Jesús E. Valenzuela.

Mi muy querido Chucho:

Al llegar anoche de Zoquiapan tuve el gusto de
ver publicada en «El Universal» la hermosísima
poesía titulada «Credo,» que vd. ha tenido la bon-
dad de dedicarme y que debimos haber leído jun-
tos nosotros con nuestros amigos, en sabrosa plá-
tica.

Habiendo merecido yo la dedicatoria de su poe-
sía, no soy quien con más imparcialidad pudiera
juzgar de sus bellezas.

La forma es sin duda hermosa. Ella revela al ar-
tista de gusto exquisito y al poeta que sabe sentir.
Sin embargo, querido Chucho, el fondo no me ha
dejado contento. No es esa, á mi modo de ver, la so-
lución del problema que nos persigue y atenace.

Un sabio profesor que á tan avanzada edad sien-
te vacilar y ve caer sus creencias, apesar de los
cimientos de una sólida educación científica, no me-
rece ser profesor.

Los que en nuestra juventud, como el rudo Si-
cambro, hemos quemado lo que adoramos, no po-
demos en nuestra vejez volver á adorar lo que in-
cendiamos.

Hubiera yo preferido, para satisfacción de nues-
tros ideales científicos, la eterna protesta en los la-
bios del eterno réprobo: que cuando las creencias
arraigan fuertemente en lo más íntimo de nuestro
sér y han sido regadas por el agua lustral de una

instrucción metódica, es imposible llegar á arrancarlas.

Es natural el cambio de creencias en la juventud, que casi siempre es ella puerta de entrada para un mundo nuevo; pero es incomprensible en la vejez, cuando se anhela que la Naturaleza abra sus brazos para reposar en su seno eternamente.

Querido Chuchó, no tengo ni he tenido nunca tamaños para crítico: me ha perjudicado mi exceso de imaginación; y mucho menos he podido ser poeta: me lo ha impedido todo cuanto de positivo hay en el fondo de mi carácter, que es más apropiado para la lucha por la vida que para las conquistas del ideal; en consecuencia, ni como crítico ni como poeta puedo dar la opinión justa sobre la obra de Ud.

El amigo sí puede gozar aquí de sus plenos derechos, y como tal, envío mi admiración al poeta y un abrazo estrecho á quien me ha honrado, dedicándome una de sus mejores obras.

Suyo como siempre, amigo que le quiere.

JOAQUÍN D. CASASUS.

DE "EL TIEMPO."

(PERIÓDICO CLERICAL).

Junio 21 de 1896.

En el último número de *El Mundo* hemos leído una poesía del Sr. D. Jesús E. Valenzuela, intitulada *Credo*.

Si sólo mirásemos en el *Credo* una buena composición literaria, aunque no exenta de defectos, nos contentaríamos con aplaudirla; pero al verla inspirada por un sentimiento nobilísimo y elevado, debemos recomendarla á cuantos sientan todavía latir su corazón al influjo de las grandes ideas y de los sanos principios.

Alza su voz el poeta en mitad de la deshecha borrasca que corremos, en medio de la horrible confusión en que todo yace deshonorado y envilecido, y por lo mismo los soldados de la prensa tenemos el deber de auxiliarle en su generosa empresa, de hacernos eco de sus consoladoras palabras, de ayudarle á colocar sobre los altares los santos emblemas lanzados de ellos por el orgullo satánico, la pasión ó la impiedad.

En el *Credo* aparece la creencia en Dios cual origen verdadero de la sabiduría y de todas las virtudes insignes, de todas las acciones sublimes, de todos los hechos heroicos.

No necesitaremos expresar si en épocas como la actual es útil, conveniente y oportuno inculcar tales ideas en la muchedumbre, prestando valor á los ardientes, reanimando á los tibios, conmoviendo á los indiferentes.

Y si esto se practica por medio de la poesía que inflama, que seduce, que cautiva el entendimiento á la par que habla á la razón, considérese el aplauso que merece quien consagra sus esfuerzos á objetos tan meritorios y tan sagrados.

Oigamos al autor describir las dudas y las con-

gojas de un sér que vislumbra algo más que la Ciencia:

.....Padre, padre,
no dudo de tu ciencia, yo la adoro;
pero una voz, la de mi santa madre,
me habla de Dios en cláusulas de oro.
Mi corazón heriste. No te acuso,
me has enseñado, tanto, tanto, tanto!
Pero algo Dios se reservó y no puso
á tu alcance: vencer mi desencanto.
Crece la Ciencia, sí, pero la esfera
del eterno y fatal desconocido
se ensancha y nos invade por doquiera.
Oh, padre, las tinieblas han crecido....!
Cuando se apague el sol, ¿cuál el objeto
de tu ciencia será, si no ascendiste
el espíritu humano hasta el secreto
que busco yo desanimado y triste?
Saber para vivir la vida breve
del mísero planeta, que al aliento
del torbellino va como una leve
arena arrebatada por el viento,
es pequeño y brutal....

Después nos pinta el poeta las angustias del sabio profesor á quien sus discípulos casi deificaban:

Y no volvió á la cátedra. Pasaba
las horas invocando á los ausentes,
y muchas de rodillas, y lloraba
ocultándose lejos de las gentes.
Ansiaba penetrar en el santuario;
pero solo, muy solo, sin testigos,
y allí contar las cuentas de un rosario
que fué de su mujer. De sus amigos
huía como un réprobo; rumores
extraños en las aulas circulaban,
que estaba loco algunos afirmaban,
otros, lleno de penas y dolores.

Mas no era locura, sino verdadera sabiduría, lo que había cambiado al profesor. He aquí cómo describe Valenzuela, al terminar su composición, los últimos momentos del anciano:

Iba á empezar la cátedra aquel día,
la sala estaba como nunca llena
y por el corredor zumbar se oía
á la incansable, estudiantil colmena.
El joven profesor, el sustituto
del maestro inmortal, vió sorprendido
penetrar por la puerta al pobre anciano,
allí estaba.... temblando, el rostro enjuto
y lívida la tez, de muerte herido.
puesto de puntas el cabello cano.
Apenas saludó con la mirada
bajo la blanca ceja adormecida;
ocupó su sillón; y no su frase:
decían—tantas veces repetida—
antaño, sólo sé que no sé nada,
su boca sin color, casi sin vida
pronunció como epigrafe de clase:
Señores.... *sé que hay Dios*, dijo, y al suelo
se desplomó llorando sin consuelo.

Hoy que el ateísmo y la inmoralidad se introducen en todo como asquerosa lepra, viciando y co-

rrompiendo los más privilegiados talentos, envileciendo y deshonrando las más elevadas inteligencias, es motivo de satisfacción y regocijo la publicación de esa poesía que no sólo tiene mérito literario, sino que es una elocuente protesta contra el mayor mal de la época.

Valenzuela merece, pues, con los laureles del poeta, la gratitud de los hombres honrados, de las almas nobles y de los corazones generosos; porque indica la senda anchurosa y segura por donde debe la humanidad caminar, y abre serenos y plácidos horizontes al espíritu y á la razón humana, tan fácil de extraviar.

DE "EL DIARIO DEL HOGAR"

(PERIODICO RADICAL).

Ver impreso CREDO, fué desde el día en que unos cuantos amigos escuchamos su lectura, deseo afanoso. Cómo no, si allí se aunaban la labor del poeta y la obra del pensador; cómo no, si venía á romper la dolorosa monotonía á que los poetas nos tienen acostumbrados.

De hecho, salvo EL BEATO CALASANZ y los POEMAS CRUELES, que á pesar de sus defectos indiscutibles, señalan los nuevos rumbos que sigue entre nosotros el pensamiento, los bardos nacionales poco se preocupan por informar en estrofas llenas de virilidad las tendencias poéticas de este siglo agonizante; y de hecho también, pasma ver cómo domingo tras domingo, nuestros poetas llenan las columnas de los diarios políticos, y aun las de los semanarios de literatura con erotismos decadentes, mañosos, anodinos ó gastados.

No parece sino que nosotros somos poco partidarios de lo que nos haga pensar; ó que saber nos causa tedio, y meditar, repugnancia. Bien hayan los que de tiempo en tiempo vienen á demostrar que también en México se sabe sentir hondo, hablar claro y pensar alto. Porque los tiempos que alcanzamos no son ya de cánticos en que se alaben las gracias de la mujer querida ó de trenos hacia la perjura, cánticos y trenos que de no venir vaciados en moldes nuevos—y son tan pocos los que de tanto pueden envanecerse—no hay mujer que los aprenda de memoria ni hombre que los lea por segunda vez; porque nos interesa ya que la Musa se ponga al servicio de la razón meditada y no de la que, deliberadamente, se echa á campo travieso por entre sueños imposibles y fantasías absurdas y tropos envejecidos, celebramos, los amigos, este CREDO... que es faena de hombre púgil. Antecesor próximo es aquel ANGELUS, grito de creyente, sollozo de carne abandonada y despertar de madre; pero esbozo al fin, nos decía sólo de cuanto fuera capaz el poeta el día en que alzándose á las nebulosidades de la abstracción, nebulosidades visibles únicamente para quien va á ellas con ahinco como si se tratara de sus hermanas del cielo, transformara en estrofas el vago é innato deseo de creer que abrumba á la humanidad, no porque enraíce á cada momento la duda, sino porque á cada momen-

to se ensancha nuestra ignorancia. El obscuro problema de nuestro ayer y de nuestro mañana se entenebrece más y más á medida que ahondando en la filosofía positiva, hallamos que la experimentación nada nos dice, como hallan que nada les dice el cielo impenetrable y mudo, como si fuese impenetrabilidad y mudez de egoísta, los que buscan en la fe la resolución del porvenir y del pasado. Ríome yo de los que alardeando de *sprit fort*, ocultan tras de sonrisas de incrédulos, ó de muecas de materialistas, las angustias que los enderezan en el lecho á media noche ó los dolores que los torturan cuando ven desaparecer, uno á uno, familia, amigos y protectores.

¿Espiritualismo? ¿Materialismo? ¿Escepticismo? Palabras, quimeras, son estas que halagan por un momento á los doctrinarios, buenas para dichas en cátedra; pero que no confortan si la conciencia emprende ese diario é interrumpido monólogo que, en punto á fin y origen, la obsedia desde el instante en que se dé cuenta de las impresiones que á ella le llevan los sentidos. ¡Oh selva obscura en que todos tropezamos sin hallar la luz que nos guíe, oh mar borrascoso en que todos naufragamos!...

Luego, los sedimentos de creencia, acumulados por el heredismo en generaciones sucesivas, los primeros años de educación que dejaron en el espíritu creencias también que el tiempo no borra, sino que sólo oculta como si quisiera que algún día reapareciesen, la neurosis acrecida á cada momento: todo nos impide que hallemos en la Ciencia, exclusivamente en la Ciencia, la salvación del mal que nos persigue; que mal, hondo é incurable, es dudar.

El sabio de CREDO... ese sabio que Valenzuela pinta admirablemente, no será un símbolo, no significará la humanidad que en el símil de Lutero es un ebrio que atraviesa por la vida dando tumbos y cayendo y levantando; pero ¡ay! refleja con tan dolorosa exactitud el estado mental de hoy, que se impone en el ánimo la necesidad de creer que el maestro ilustre no es otra cosa que la personificación de esta conciencia moderna sometida á la indecible tortura de la irresolución. Nadie, cualesquiera que sean los quilates de su pensamiento, ha dejado de creer que llegaría á lo Incognoscible por medio de la Ciencia; y nadie, sabio ó no, ha dejado de encariñarse con ésta ó aquella hipótesis, con ésta ó aquella cadena de raciocinios, creyendo que al dar un paso más llegaría á posesionarse de la última Verdad. Sí, lo que el aplaudido profesor dice, todos lo han dicho:

..... Bueno,
hijos míos, adios. ¡Qué bien decían
antaño: sólo sé que no sé nada.
La Ciencia es todo hoy. El mundo lleno
está de su fulgor, y Dios, señores,
se recoge en las últimas trincheras,
con su cauda de vates soñadores,
de espíritus sin método, de errores,
viejos restos de trasgos y quimeras.
Los secretos se van. Sólo su rastro
asombra aún los ánimos pequeños
en acumulación de herencia insana;
y la unidad del átomo hasta el astro,

libre ya de temores y de ensueños,
ve y analiza la conciencia humana.

Adios por otra vez.....

Y Dios queda excluido, sea que se le considere Supremo Dispensador de todo castigo y de toda merced, sea que se le admita Augusto Regulador de los universos y de los orbes. La Ciencia, en sus múltiples manifestaciones, ha probado que no puede ser justo quien por prejuicio sólo busca el bien, que es imposible la equidad cuando hay preferidos, que no hay castigo, por pequeño que se le suponga, cuando se es la suprema Bondad; ha probado que una fuerza, desconocida, pero patente, fatal, pero ciega, vibra á través de todos los seres y de de todas las cosas. Sí, no hay Dios que premie ni que castigue, puesto que no habiendo logrado impedir el determinismo, Él sería el único responsable de nuestras maldades, y como implican un absurdo la Absoluta Sabiduría y la Absoluta Imprevisión, Dios cae del pedestal á que lo subieron la vasta, la infinita teoría de pueblos que fueron. Si no existe ese Augusto Regulador, porque de existir son inconcebibles el cataclismo que sin objeto destruye mundos, y el espécimen teratológico, que sin objeto viene á la vida. Si, lo único que existe es la Fuerza, pero no la llamemos inteligente, no le demos atributos absurdos.

Transcurren los años, y á diario se corrobora el principio que dió la Ciencia; pero un día esta página de Richet, aquella observación de William Crookes, este raciocinio de Gibier, desarticulan cuanto se tenía por bien engranado; ó un inmenso amor que se abisma dejando en torno inconcebible soledad, ó un dolor que en minutos tiene duración de eternidades, ponen en el alma un inextinguible afán de consuelo extra humano, porque el humano no bastaría, y entonces se desconcierta lo que antes se tuvo por bien enlazado. Se dudã primero, se llora después por la fe perdida, y al fin se vuelve á creer.

Este ciclo doloroso fué el del maestro. Su hijo, al morir, no sólo se llevó un único afecto, un amor único, que por su intensidad hacía feliz la vida, se llevó también la profunda convicción científica, y la tenaz seguridad de que era la Ciencia la que llenaba todo.

Y no volvió á la cátedra. Pasaba las horas invocando á los ausentes, y muchas de rodillas, y lloraba ocultándose siempre de las gentes. Ansiaba penetrar en el santuario; pero solo, muy solo, sin testigos, y allí contar las cuerdas de un rosario que fué de su mujer. De sus amigos huía como un réprobo, rumores extraños en las aulas circulaban; que estaba loco algunos afirmaban, otros, llenos de penas y dolores. Ya nunca por las noches dirigía su antejo de sabio á las estrellas, á veces firmemente hasta creía lo que de niño le contaban de ellas; olvidaba la Técnica y los nombres vulgares de los astros repetía

en sus horas de éxtasis; las huellas de las almas, creíalas; los hombres ya no le recordaban; su memoria, sus trabajos, sus triunfos y su gloria, quedaban sólo en la palabra escrita de sus libros sublimes, y en la historia de la Ciencia, la pálida infinita.

Una noche de Agosto las errantes estrellas como lágrimas de oro caían en el seno ennegrecido del espacio sin límites; tremantes las frondas en redor, gárrulo coro llevaban en el viento hasta su oído; y él lloraba, lloraba sin consuelo, sus lágrimas la sombra recogía, la negra sombra en que también caía el llanto fugitivo de aquel cielo. ¿Qué miró? ¿Qué escuchó? ¿Qué visión rara vió pasar por sus ojos refulgente? ¿Qué voz le habló? ¿Qué voz? ¿Qué voz amante? Luz interior iluminó su cara, cayó de hinojos, humilló la frente, y nuevosér se levantó radiante.

Iba á empezar la cátedra aquel día, la sala estaba como nunca llena, y por el corredor zumban se oía á la incansable estudiantil colmena. El joven profesor, el substituto del maestro inmortal, vió sorprendido penetrar por la puerta al pobre anciano, allí estaba.... temblando; el rostro enjuto y lívida la tez, de muerte herido, puesto de puntas el cabello cano. Apenas saludó con la mirada bajo la blanca ceja adormecida, ocupó su sillón; y no su frase: *decían*—tantas veces repetida—*antaño sólo sé que no sé nada*, su boca sin color, casi sin vida, pronunció como epígrafe de clase; *Señores.... sé que hay Dios*, dijo, y al suelo se desplomó llorando sin consuelo.

*
*
*

Hermoso poema este en que tan bien descrito está el dolor. No hay quejas, no hay deprecaciones, y sin embargo asistimos á ese inenarrable sufrimiento que dislocó una conciencia. Pasa el verso por los oídos con áureas sonoridades, despertando piedad para ese desdichado que en un instante vió dos derrumbamientos: el de su hijo en la sombra, el de sus principios en la nada.

¿Y la carta? ¿Esa despedida en que la ternura filial, el respeto al sabio, la memoria de la madre muerta, la fe y la desesperanza se confunden hasta el punto de no saberse qué sentimiento predomina? Página es que, si significa una gloria para el autor, significa también una gloria para nuestro moderno arte nacional. De mí sé decir que ignoro si antes que Valenzuela, otro poeta cristalizó en

tan impecables estrofas cuanto hay de más delicado en el corazón de un hijo.

Puesto á alabar, mucho me temo que me faltaran espacio y tiempo, que si plácemes merece el poema por lo exquisitamente trabajado de la labor, plácemes merece la idea tan bien iniciada, tan bien desenvuelta y tan finalizada.

Por eso dije al principio que CREDO..... era obra de poeta y de pensador. ¡Cuán raras veces se aunan y completan ambos, y con qué rapidez viene á las manos el aplauso si se ve que en la obra esplende el astro y subyuga la razón!

JOSÉ P. RIVERA.

“LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN.”

En el lugar de honor de nuestra revista, publicamos la maravillosa *suite* de doce sonetos, con cuya dedicatoria, Leopoldo Lugones, el triunfante y glorioso poeta argentino, ha honrado á nuestro compañero José Juan Tablada.

No necesitamos llamar la atención sobre esa poesía original, hermosa, sin precedentes en la literatura castellana y latino-americana, y sólo en nombre de nuestro camarada tan honrosamente distinguido, damos las gracias al poeta de «Las Montañas del Oro.»

FLORES DE HUMO.

Para Alberto Leduc.

Los infortunios como neblis de corvos picos,
al extender sus alas negras en mi jardín,
agostaron los prados fastuosamente ricos
de purpúreas adelfas y lirios de satín.

Los jarrones, los mármoles cayeron en añicos;
lloraba Filomela sobre el roto clarín,
y vi á las mariposas plegar sus abanicos
pintados con polícromos colores de Nankin:

Y luego que la Duda, con las zarpas abiertas,
demolia indiferente los ídolos de ayer,
cuando las ilusiones miríficas, ya muertas,

borrarón en mi clépsidra las horas de placer,
un negro taciturno—el mal—tocó á mis puertas
y me alargaba el haschis del torvo Baudelaire.

RAFAEL LOPEZ.

LA LLUVIA.

Llueve. Es el jolgorio de las ranas. Las nubes silenciosas se deslizan en el cielo, como humaredas de incendio. Toda esa gente que clamaba por el agua debe estar contenta. El trigo amenaza tornarse más caro que el pan. Los ríos enflaquecían en sus lechos; y la tierra estaba tan seca, que de sólo verla se sentía sed.

Lluvia, moja, corta el aire, rompe contra las vidrieras tus perlas temblorosas; puedes, hasta el fastidio, caer para bien de los otros. A lo lejos, en aquel prado, veo cómo refrescas á un caballo. Suspende su colación de yerba. Se mueve lo menos posible. No pierde una de las gotas que le das. A su lado, un buey muge, tan apaciblemente, que llega á ser dulce su bienestar melancólico.

Los árboles no reciben todos la lluvia de la misma manera. Los arbustos, como no habituados á ella, quisieran escaparse, y sus hojas palpitan como pajarillos prisioneros. Otros se envuelven en su propio follaje, como si fuesen mujeres que se cubren la cabeza con las cabezas infladas.

Hay algunos á quienes no turba la lluvia y se mantienen rectos, inmóviles.

Un carruaje se aleja silencioso por un camino transversal. Desde acá juraría que no hay nadie dentro.

Se dice que va á llover durante cuarenta días. Es poco probable. Yo no creo en un nuevo diluvio. Ya no quedan muchos malvados sobre la tierra.

JULES RENARD.



DE PAUL VERLAINE.

«L'inflexion des voix chères qui se sont tues»
P. VERLAINE.

Como sueño tenaz surge en mi mente
Una mujer que amo y que me adora,
Que no siendo la misma á cada hora
Otra tampoco es ni diferente.

Mi corazón para ella transparente,
No es un problema, á su sabor lo explora;
Ella tan sólo puede cuando llora
Refrescar los ardores de mi frente.

¿Es morena?... Tal vez! ¿Rubia? Lo ignoro...
¿Su nombre?... Evoca musical, sonoro
Los nombres de las muertas preferidas.

Por su mirar recuerda la escultura
Y hay en su voz el tono y la dulzura
De las amadas voces extinguidas.

RAFAEL DE ALBA.